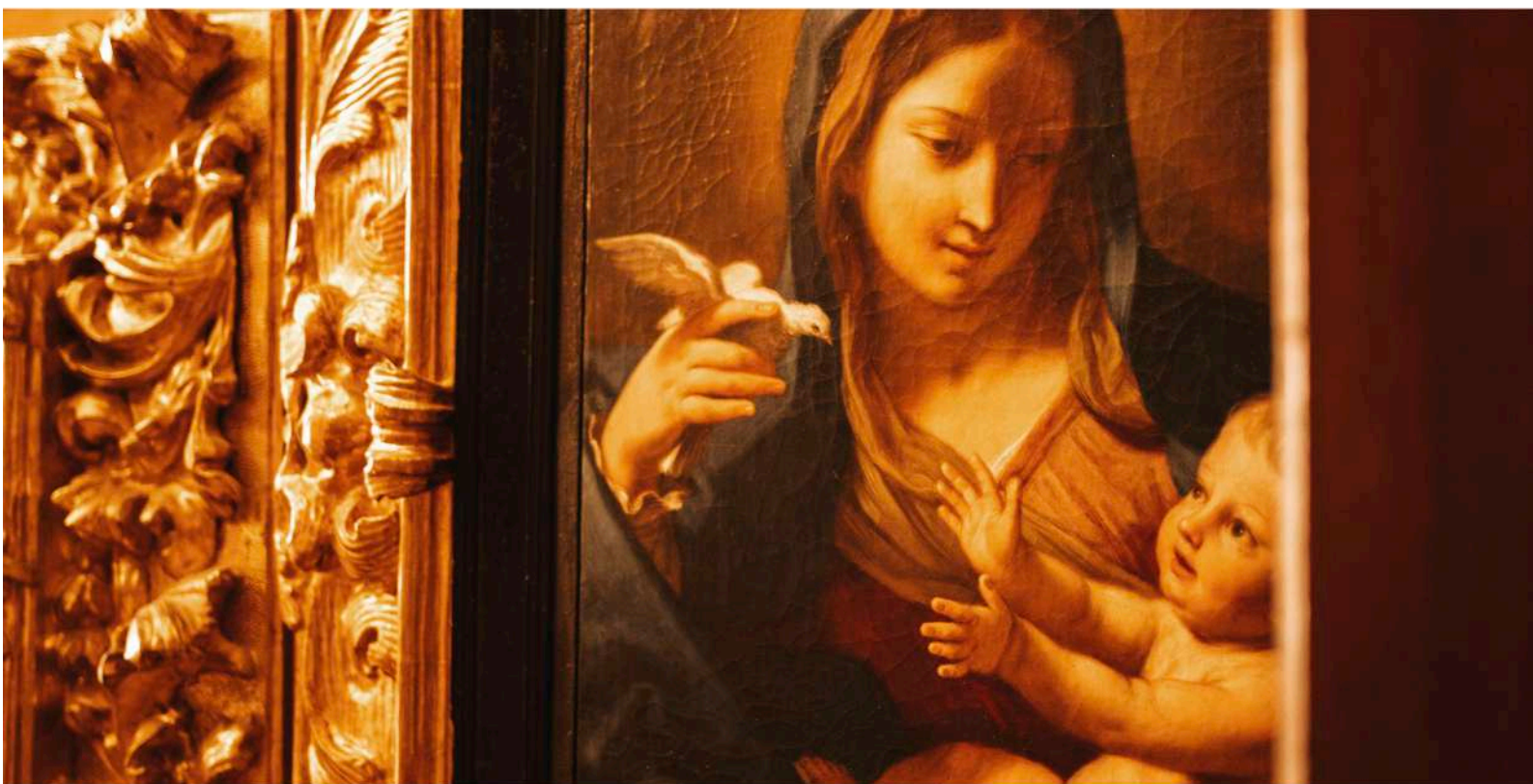


— papeles de formación continua —

FORUM.COM



Renace la esperanza

 **salesianos** | Delegación
SANTIAGO EL MAYOR de Formación



Número 216 - 24 de diciembre de 2024

ÍNDICE

| | |
|--|-----------|
| Este número | 3 |
| Renace la esperanza | |
| Retiro | 4 |
| Una puerta para la esperanza | |
| Formación | 14 |
| La profecía de lo comunitario | |
| Comunicación | 26 |
| Cuentas de adolescentes en Instagram | |
| Carisma | 29 |
| Sor María Troncatti, una vida de esperanza | |
| Pastoral | 33 |
| El anuncio del kerygma en una Iglesia misionera | |
| Jubileo | 45 |
| La esperanza no defrauda | |
| La Solana | 48 |
| Los valores de los mayores en la vida religiosa | |
| Por tu Palabra | 57 |
| Jacob, el hombre que luchó contra Dios | |
| El anaquel | 65 |
| Comunidades que transmiten la fe | |
| Una estrella en mi ventana | 69 |
| Caminando a solas por la calle | |

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Renace

la esperanza

Es 24 de diciembre. Esta tarde comienza el Jubileo de la Esperanza, el Año Santo 2025. Con la apertura de la puerta santa de la basílica de San Pedro del Vaticano, señala el papa Francisco en la bula de convocatoria, se “ofrecer la experiencia viva del amor de Dios, que suscita en el corazón la esperanza cierta de la salvación en Cristo”. Esta entrada especial a la basílica espera ser un signo de esperanza para que “la comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles. Que generosamente abra de par en par sus acogedoras puertas, para que a nadie le falte nunca la esperanza de una vida mejor. Que resuene en nuestros corazones la Palabra del Señor que, en la parábola del juicio final, dijo: ‘estaba de paso, y me hospedasteis, porque ‘cada vez que lo hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, lo hicisteis conmigo’ (Mt 25,35.40)”.

Es 24 de diciembre. A las puertas de esta Noche Santa en la que renace la esperanza te llega este nuevo número de la revista forum.com. A modo de felicitación sincera te ofrece en sus páginas material para reflexionar y vivir la esperanza y la paz que trae e implora el Niño de Belén. Ojalá que en este nuevo año que estamos a punto de empezar la formación siga siendo un estímulo para ser testigos y transmisores de esa esperanza que acogemos cada Nochebuena. Y es que, nos recuerda el Papa, “necesitamos que “sobreabunde la esperanza” (cf. Rm 15,13) para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa y la caridad entusiasta; para que cada uno sea capaz de dar aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe”.

¡Feliz 24! ¡Feliz Jubileo! ¡Feliz Navidad! ¡Buena lectura!

 **Mateo González Alonso**

Una puerta para la esperanza

Koldo Gutiérrez, SDB

1. Oración inicial

Guía: En el nombre del Padre...

Todos: Señor,
que dijiste a tus apóstoles:
“Sin mí no podéis hacer nada”
da fecundidad a todas nuestras actividades mediante la unión viva y
constante
contigo y con el Padre,
a fin de que, siendo como Don Bosco, contemplativos en la acción,
hallemos en el diálogo cordial e íntimo
la fuerza para hacer todo por tu amor y perseverar hasta la muerte
en la entrega total
de nosotros mismos por tu Reino.
Tú, que vives y reinas
por los siglos de los siglos. Amén.

2. Reflexión¹

Estamos en Adviento, *tiempo de esperanza*, está próxima la Navidad, celebración del nacimiento del Señor *nuestra radical esperanza*, se acerca poco a poco un año jubilar donde seremos invitados a *pasar por la puerta de la esperanza*.

De una manera sencilla podríamos describir la esperanza como el don que Dios nos otorga por su benevolencia para poder contemplar el mundo con sus ojos y adoptar su punto de vista, de tal manera que seamos capaces de comprender los signos de esperanza ya presentes entre nosotros.

¹ Vídeo de presentación: <https://youtu.be/hoLspXZZsgY>

2.1. El jubileo de la esperanza

El santo Padre nos invita a vivir un *jubileo de la esperanza*.

Breve historia del jubileo

Para hablar sobre el año jubilar, miramos al pueblo de Israel, recordando que cada 49 años se proponía la celebración de un año que llamaban jubilar, porque era inaugurado con el toque del cuerno de carnero (yobel) en la solemnidad del Kippur, fiesta de la Expiación por el pecado de Israel. Era un tiempo para la remisión de las deudas, la liberación de los esclavos, el descanso y la restitución de las tierras, así como el perdón de los pecados. *El jubileo judío tenía un componente ético y social*. Este carácter social no puede faltar en la celebración del próximo año jubilar, como de manera concreta nos propone el papa Francisco en la Bula donde invita al año jubilar.

Damos un paso más y recordamos cómo en cierta ocasión Jesús entró en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-22). Era sábado y se había leído un texto del profeta Isaías (Is 61). Jesús fue invitado a comentarlo. El Señor aprovechó la ocasión para presentarse como enviado del Padre y proclamar un año de gracia del Señor. Jesús quiso presentar la salvación que en realidad consistía en evangelizar a los pobres, liberar a los oprimidos, devolver la vista a los ciegos, liberar al hombre de todo mal. Las palabras de Jesús fueron palabras de gracia porque con ellas quiso compartir el amor sobreabundante de Dios por todos. En este sentido *el jubileo cristiano se presenta como un jubileo espiritual, moral y existencial*.

A partir del año 1300 los Papas propusieron la celebración de un año jubilar, primero cada cien años y después cada veinticinco. Si nos fijamos en los jubileos que desde entonces se han celebrado en la Iglesia diremos que un año jubilar es sobre todo un año del Señor, en realidad podríamos afirmar que el jubileo es la misma persona de Jesús, a quién el evangelista Juan había presentado como la puerta abierta a Dios: "Yo soy la puerta" (Jn 10,9).

Por todo ello podemos decir que el gran objetivo de todo año jubilar consiste en encontrarse con el Señor, quien se presenta como luz, palabra, misericordia, perdón y amor. "Cristo se convierte en objeto total y singular para cada uno de los sentidos del alma, y por eso se llama: verdadera luz, para que los ojos del alma tengan con qué ser iluminados; palabra, para que los oídos tengan con qué oír; también pan de vida, para que tenga con qué gustar el gusto del alma" (Orígenes). En realidad, pasar por la puerta santa, pasar a través de Jesús, es dejar que nuestros sentidos sean evangelizados, consiste en confesar que Jesús es el Señor y que ha sido proclamado salvador universal. El encuentro personal con Jesús deja huellas profundas en el creyente quien descubre que su vida está unida a Cristo. *El jubileo consiste en encontrarnos con Cristo el Señor*.

Somos peregrinos de la esperanza

Hoy la llamada a la esperanza es urgente cuando vemos que alrededor de nosotros crecen la tristeza, la soledad y el odio, en fin, crece la desesperanza.

Partamos de lo más evidente: “En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana” (Francisco, Bula para el año jubilar). Hace unos años decía el papa Benedicto que “a lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los períodos de su vida. A veces puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra... Sin embargo, cuando estas esperanzas se cumplen, se ve claramente que esto, en realidad, no lo era todo. Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca podrá alcanzar...” (*Spes salvi* 30)².

En la esperanza cristiana podemos distinguir un sentido objetivo y un sentido subjetivo. El sentido objetivo lo encontramos en la certeza de que en Dios todo tiene sentido. “(Entonces) esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar” (*Spes salvi* 31). Dios abraza toda la realidad y en ella nos abraza a nosotros. *Somos peregrinos de esperanza cuando disfrutamos del abrazo de Dios.*

El sentido objetivo de la esperanza lleva también a afirmar que “*la fe es la sustancia de la esperanza*” (*Spe salvi* 10). Vemos en esta afirmación una de las convicciones más certeras del apóstol Pablo quien decía que en la vida cristiana van de la mano la fe, la esperanza y el amor (cfr. *1 Cor* 13,13). Estas palabras ensancharon y sostuvieron el corazón del apóstol. Cuando en nosotros crece la fe crecen el amor y la esperanza. Y por el contrario, cuando vivimos una crisis de fe hay en nosotros una crisis en la esperanza. Nuestro mundo quizá viva sin esperanza porque no sabe qué hacer con la fe. *Somos peregrinos de esperanza cuando vivimos desde la fe.*

San Pablo decía que junto a la fe viene el amor. La esperanza nace del amor. En realidad necesitamos del amor para vivir con esperanza, un amor humano y un amor infinito. “El ser humano necesita un amor incondicionado. Necesita esa certeza que le hace decir: «Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (*Rom* 8,38-39)” (*Spe salvi* 26). *Somos peregrinos de esperanza cuando desborda en nosotros el amor.*

Vayamos ahora al sentido subjetivo de la esperanza cristiana. Lo reconocemos cuando la esperanza se presenta como una forma de vivir porque “*quien tiene esperanza vive de otra manera*” (*Spe Salvi* 2). Podríamos decir que la esperanza se presenta como una forma de vida, un estilo, que ofrece una luz para el camino, en la medida que podemos ver ya presentes en nosotros las realidades que se esperan, aunque de manera incipiente. “Si uno es cristiano, es criatura nueva. Lo antiguo pasó,

² Texto de la encíclica *Spe Salvi* sobre la esperanza cristiana, de Benedicto XVI, 20 noviembre 2007, en <https://salvi.html>

ha llegado lo nuevo” (2 Cor 5,17). Disfrutar de una vida esperanzada lleva a contemplar la obra de Dios en nosotros y en el mundo, de manera que podamos poner nuestra vida a su servicio, comprometiéndonos con la acción. *Somos peregrinos de esperanza cuando contemplamos la obra de Dios en nosotros y en el mundo.*

Concluamos afirmando que la esperanza despierta al ser humano y hace de nosotros activos obreros en la viña del Señor. “Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser para todos, hace que éste sea nuestro modo de ser. Nos comprometemos en favor de los demás, pero sólo estando en comunión con Él podemos realmente llegar a ser para los demás, para todos” (*Spes salvi* 28). *Somos peregrinos de esperanza cuando en nosotros hay apertura de mente y corazón.*

2.2. Navidad, puerta a la esperanza

Los discípulos quedaron impactados al ver morir a Jesús. El núcleo de nuestra fe se encuentra en la pasión, muerte y resurrección de Jesús. En estos misterios tiene su fuente la esperanza cristiana como explicación última de la fidelidad del Padre que por amor devuelve la vida a su Hijo, muerto en cruz, situándolo a su diestra, en el corazón mismo del misterio divino.

Impactados por la resurrección, después los discípulos hablaron sobre la forma de vivir de Jesús y sobre su origen. El nacimiento del Señor es motivo de una gran esperanza porque podemos contemplar en el misterio de la encarnación cómo la esperanza ha puesto su tienda entre nosotros. “Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto” (*Spes salvi* 31).

El pueblo estaba a la espera

La liturgia del Adviento hace ver que el pueblo estaba a la espera del Mesías que ya viene.

“¡Salta de gozo, Sión; alégrate, Jerusalén! Mira que viene tu rey, justo y triunfador” (*Zac* 9,9).

San Lucas afirma que Simeón esperaba el consuelo de Israel (*Lc* 2,25) y Ana la redención de Jerusalén (*Lc* 2,38). Son los pobres de Yahvé quienes esperan el consuelo y la redención, porque han puesto su confianza en Dios y saben que su vida está en sus manos bondadosas. Los sencillos, más allá de lo que digan las circunstancias, esperan en el Señor, poseerán la tierra y gozarán de una inmensa paz (*Sal* 37,9). La fe de los sencillos hace ver que Dios es un acompañante constante y que nunca abandona, sino que por el contrario siempre acoge. Hoy como ayer siguen siendo los pobres y los sencillos quienes esperan todo de Dios.

Entre los pobres de Yahvé ocupa un lugar particular María, la madre del Señor, la llena de gracia, como dijo el ángel en su saludo. “El ser agraciado por un don forma parte de la esperanza” (*Spes salvi* 31). María fue agraciada por el gran don que es Jesús y se llenó de esperanza. Jesús es el gran don de Dios y es la gran esperanza del pueblo.

María pudo comprobar que para Dios nada hay imposible, primero vio cómo su prima Isabel siendo estéril había concebido un niño y después supo reconocer que ella misma sin conocer varón iba a ser madre del salvador por obra del Espíritu Santo. De esta manera, y llena de entusiasmo, la madre del Señor proclamó un canto de agradecimiento a Dios. La gratitud siempre lleva hasta la vida en su más radical esencia. Y en esencia, la vida consiste en reconocer que Dios no se olvida de los pobres, que la misericordia divina inunda todos los momentos de la historia, que Dios escucha a los humildes y colma de bienes a los pobres. El *Magnificat* es un canto de esperanza que atraviesa todas las épocas de la historia.

Con Jesús llega la esperanza

San Lucas dice que en Navidad los ángeles convocaron a los pastores en Belén. Nosotros junto a los pastores podemos iniciar en estos días una marcha interior hasta Belén donde María “dio luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre” (*Lc* 2, 6-8). Cuando los pastores llegaron al lugar donde se encontraba el niño escucharon palabras de esperanza. ¿Tendré, en estos días, la actitud necesaria para que palabras de esperanza calen en mi interior o preferiré habitar en la desesperanza?

En el último domingo de Navidad, fiesta del bautismo de Jesús, se escucharán estas palabras: “Eres mi hijo amado, en ti me complazco” (*Mt* 3,17). Jesús, en su corazón humano, se extasiaba escuchando estas palabras del Padre. Jesús, primogénito de muchos hermanos, es el encanto, la alegría de Dios. Nosotros, hermanos de Jesús, podemos asombrarnos de la mirada complacida, alegre, festiva, de Dios sobre todo hombre, sobre cada uno de nosotros. “Eres mi encanto cotidiano” (*Prov* 31,30). ¿Tendré, en estos días, la tranquilidad suficiente para sentirme mirado y querido de esta manera entrañable?

Cuando los pastores fueron a la cueva contemplaron en Jesús un misterio de humildad. En el corazón de la encarnación contemplamos la humildad de Dios que tuvo a bien compartir la vida de los hombres en su Hijo. En Jesús vemos que la sencillez y la humildad constituyen el verdadero rostro de Dios. “Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, por vosotros se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (*2 Cor* 8,9).

¿Podremos ver estos días cómo nuestra fragilidad es iluminada por la misma vida frágil de un recién nacido necesitado de cuidados y atenciones?

En definitiva, celebramos en Navidad un misterio de fe, de amor y esperanza. Dios llama a la puerta que lleva hasta la fe, el amor y la esperanza. Abre tu corazón para

que se haga realidad que Él ha encontrado hospedaje en ti. Cristo nos ha sido dado no para que lo encerremos en nuestros sentimientos, sino que nos ha sido dado para regalarnos amor, iluminarnos con la fe, sostenernos en la esperanza. Cristo nos ha sido regalado para que lo regalemos a los demás.

¿Tendremos en estos días el coraje de agradecer el regalo que es Jesús?

2.3. La esperanza, fruto de la conversión

Solo es de Dios cambiar el corazón del hombre y es del hombre acoger su llamada a la conversión. La conversión no vendrá como resultado de nuestros esfuerzos sino que más bien es una gracia que hay que pedir.

Hablar de conversión lleva a poner la mirada en nuestro fin último donde encontramos a Dios y al mismo tiempo en nuestro origen donde también encontramos a Dios. Dios envuelve la vida del ser humano desde su origen hasta su final. Dios es el impulsor y el horizonte de la conversión.

La esperanza cristiana lleva a reconocer que nuestro futuro definitivo solo está en Dios. “¿Qué será de nosotros, entonces, después de la muerte? Más allá de este umbral está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito. Lo que ahora vivimos en la esperanza, después lo veremos en la realidad” (*Spes non confundit*)³.

En este día de retiro pidamos al Señor que sepamos acoger su llamada a la conversión. Esta hace que cambiemos nuestra manera de estar en el mundo y nos lleva a caminar en la lógica de Dios en vez de en la lógica mundana.

La lógica de la gracia frente a la lógica de la conquista

Unos magos preguntaron por el recién nacido en los palacios de Jerusalén, pero el Mesías había decidido nacer en un establo en la pequeña ciudad de Belén. Con el paso del tiempo muchos supusieron que el Mesías tendría un éxito incontestable lleno de poder, pero Jesús había decidido recorrer el camino de la impotencia que le llevó a una muerte en cruz.

Esta manera de hacer de Jesús descolocó a sus discípulos y nos descoloca también a nosotros, porque en todo ser humano parece algo natural entender la vida como una conquista, por lo que sorprende ver cómo el Señor eligió el camino de la entrega y de la donación.

³ Texto de la Bula de convocación del Jubileo 2025 de Francisco, 9 de mayo 2024, en <https://giubileo2025.html>

Jesús propone acoger la buena nueva y también entregar el don recibido a los demás. Para que un don se transforme en una donación es necesario recorrer un camino de conversión.

La conversión lleva a transitar por la lógica de la gracia y no la de la conquista. Podríamos decirlo de otras maneras: la conversión lleva a recorrer el camino del don frente al camino del éxito, el camino del amor frente al camino del egoísmo, el camino del servicio frente a la dominación, el camino de la amistad frente al camino del odio.

Lo más determinante en la conversión es abrirse al don de Dios en vez de suponer que está en nuestra mano conquistarlo. “Su amistad nos supera infinitamente, no puede ser comprada por nosotros o por nuestras obras, solo puede ser un regalo de su iniciativa de amor” (*Gaudete et exultate* 54)⁴.

Por último, no olvidemos que la gracia se lleva bien con el agradecimiento. Agradecimiento es lo que brota de lo profundo del ser humano cuando se siente radicalmente bendecido y su corazón rebosa de esperanza.

El sacramento de la reconciliación

El sacramento de la reconciliación es conocido como el sacramento de la curación por el cual la gracia herida es restaurada para volver a Dios y a la comunión con la Iglesia. La reconciliación nos pone en el corazón de Dios y nos acerca a los hermanos, a la comunidad y la Iglesia.

Perdonar es dar sin medida. Y esto es lo que hace el Señor. “Perdonar posibilita restaurar la devastación causada por la ofensa, volver a reiniciar la relación, sanar la herida que, de otro modo, queda abierta e infectada. Da la posibilidad de volver a nacer” (Javier Melloni).

“Él perdona todas tus culpas y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te coronará con amor y de ternura. [...] El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; [...] no nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas. Cuando se alza el cielo sobre la tierra, así de inmenso es su amor por los que lo temen; cuando dista el oriente del occidente, así aparta de nosotros nuestros pecados” (*Sal* 103,3-4.8.10-12).

Dice el papa Francisco: “La Reconciliación sacramental no es sólo una hermosa oportunidad espiritual, sino que representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno. En ella permitimos que el Señor destruya nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abraze, que nos muestre su rostro tierno y compasivo. No hay mejor manera de conocer a Dios que dejándonos reconciliar con Él (cfr. 2 Cor 5,20), experimentando

⁴ Texto de la Exhortación apostólica sobre el llamado a la santidad, de Francisco, 19 marzo 2018, en https://ap_20180319_gaudete-et-exsultate.html

su perdón. Por eso, no renunciemos a la Confesión, sino redescubramos la belleza del sacramento de la sanación y la alegría, la belleza del perdón de los pecados”.

2.4. Vivir la esperanza en Navidad

Dediquemos algún momento a la contemplación

¿Cómo estar en actitud de contemplación? Creo que algunas claves sencillas nos pueden ayudar. Por ejemplo, debes tener en cuenta que escuchar es más importante que decir. Contemplar, por lo tanto, es escuchar a Dios en el silencio, más allá de las palabras y de las imágenes.

En estos días quizá podamos dar un mayor protagonismo a la Palabra de Dios. Estos días pueden ser días de contemplación si das un tiempo y gustas los textos de la liturgia. Son textos donde no te va a ser difícil situarte.

Es bueno tener en cuenta que aunque es verdad que la oración no es algo que podamos hacer, sino que es más bien una gracia, lo que está en nuestras manos es tener paciencia y quitar obstáculos.

Acercarse a la Palabra de Dios, desde esta clave contemplativa, no es estudiar, no es reflexionar, sino principalmente abrir nuestro corazón y nuestra mente a las sugerencias del Espíritu. Es tener la mirada de María que sabemos que miraba con el corazón.

“Cada uno de nosotros, cuando se queda en silencio, no sólo necesita sentir los latidos de su corazón, sino también, más en profundidad, el pulso de una presencia fiable, perceptible con los sentidos de la fe y, sin embargo, mucho más real: la presencia de Cristo, corazón del mundo” (*Dilexit Nos* 81)⁵.

Dejémonos envolver por un misterio de humildad

Contemplar el misterio de Navidad es fijarnos en la humanidad y humildad del Señor. La tradición de la Iglesia ha ayudado a vivir este misterio de humanidad y humildad con los belenes.

En Belén contemplamos el misterio de amor encarnado. Contemplar un belén tiene un componente estético, pero también nos mete en una atmósfera de la sencillez y humildad. Allí están los pastores, los ángeles, María, José y el niño; allí el pueblo, los magos y Herodes. Es la unión de lo terreno y lo divino.

⁵ Texto de la encíclica de Francisco sobre el amor humano y divino de Corazón de Jesucristo, 24 octubre 2024, en <https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/20241024-enciclica-dilexit-nos.html>.

En Belén contemplamos la vida humana. Seguro que tendrás algún momento para acercarte, con respeto, a la vida de dolor, enfermedad, la vida de gozo y alegría de hombres y mujeres, especialmente de los niños y los jóvenes.

Contemplamos, en Belén, un misterio de humildad y abajamiento. Dios comparte su historia con nosotros en Jesucristo. Dios ha elegido un camino humilde, y las cosas de Dios las entienden los humildes. Dios es glorioso, pero su gloria y su poder no son lo que ambiciona el hombre que rehúye su humanidad. Sino que su gloria y su poder se manifiesta en la cruz. Si en Navidad contemplamos un Dios humanizado en Jesús, nuestra tarea primera es ser más humanos.

“Por eso, entrando en el Corazón de Cristo, nos sentimos amados por un corazón humano, lleno de afectos y sentimientos como los nuestros. Su voluntad humana quiere libremente amarnos y ese querer espiritual está plenamente iluminado por la gracia y la caridad. Llegando a lo más íntimo de ese Corazón nos inunda la gloria inconmensurable de su amor infinito como Hijo eterno que ya no podemos separar de su amor humano. Precisamente en su amor humano, y no apartándonos de él, encontramos su amor divino; encontramos «lo infinito en lo finito» (*Dilexit Nos 67*).

Vivamos el misterio de la Alegría

Podemos estar alegres porque se ha fijado en nuestra humildad, nuestra vida, nuestra pequeñez, nuestra situación. Ver a Dios presente en nuestra vida nos llena de alegría. Podemos rezar con el salmista que “el Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres” (*Sal 125*).

Hasta en los momentos más duros de la historia del pueblo, Dios lo acompaña y está presente. Lo mismo podríamos decir de nuestra historia. Fíjate en tus momentos duros: Dios siempre ha estado contigo. En tus momentos de desierto, de soledad, de fracaso: Dios presente. En tus momentos de gracia y gozo: Dios presente.

Podemos estar alegres porque nos ha salvado de nuestros enemigos. Y la mayoría de nuestros enemigos están dentro de nosotros mismos, viajan con nosotros, son nuestras luchas interiores. Es esa ruptura que en ocasiones vivimos entre la vocación a la que hemos sido llamados (ser hijos queridos de Dios) y nuestra propia realidad (nuestro barro). En esta batalla, Él tampoco se ausenta.

Todos sabemos que hay una alegría verdadera y una falsa alegría. La primera viene de Dios, la segunda está unida a la fortuna del sujeto. “Alegraos porque vuestros nombres están escritos en el cielo” (*Lc 10,20*). La alegría no va unida a éxitos, sino que está escondida con Cristo en Dios (*Col 3,3*). Es más el evangelio nos dice que hay una alegría del último puesto.

Concluamos con estas palabras del papa Francisco: “El costado traspasado es al mismo tiempo la sede del amor, un amor que Dios declaró a su pueblo con tantas palabras diferentes que vale la pena recordar: (...) «¡El Señor, tu Dios, está en medio

de ti, es un guerrero victorioso! Él exulta de alegría a causa de ti, te renueva con su amor, y lanza por ti gritos de alegría» (Sof 3,17)” (Dilexit Nos 99).

3. Oración final

Guía: Padre que estás en el cielo,

Todos: la fe que nos has donado
en tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano, y llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros
la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio que fermenten la
humanidad y el cosmos
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva, cuando vencidas las fuerzas del mal
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo reavive en nosotros, peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro Redentor.

A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos. Amén.

Franciscus

▶ FORMACIÓN

La profecía de lo comunitario

Una osada esperanza, una impostergable metanoia⁶

Gloria Liliana Franco Echeverri, ODN

1. A modo de introducción: Zambullirse en lo profundo, hasta que renazca la esperanza

"... para mí la esperanza es una cosa que tengo cuando me despierto, que pierdo en el desayuno, que recupero cuando recibo el sol en la calle y que después de caminar un rato se me vuelve a caer por algún agujero del bolsillo. Y me digo: ¿Dónde quedó la esperanza? Y la busco y no la encuentro. Y entonces, aguzando el oído, la escucho ahí, croando como un sapito minúsculo, llamándome desde los pastos.

La tengo, la vuelvo a perder. A veces duermo con ella y a veces duermo solo. Pero yo nunca tuve una esperanza de receta, comprada en una tienda de corte y confección, una esperanza dogmática. Es una esperanza viva y, por lo tanto, no sólo está a salvo de la duda, sino que se alimenta de la duda"⁷.

La espiritualidad en torno a la que estamos reunidos en esta "Semana de la Vida Religiosa" tiene un carácter dinámico e histórico. Creemos en los itinerarios pascuales y nos aferramos a la vida como la opción; la única que creemos posible, justo en tiempos de minoridad. Y no es un falso triunfalismo y mucho menos un exceso de ingenuidad, es la experiencia de que la muerte no es lo definitivo y que las trincheras en las que se acorralan los escépticos, los pesimistas y los pregoneros de lamentaciones, no hacen parte de la ruta que deseamos transitar.

Lo nuestro, lo propio de la Vida Religiosa, es el estallido de la Resurrección y no por una sobredosis de optimismo, sino porque nos habita la fuerza de la vida, la certeza de la Pascua. Nuestro Dios es el eterno Creador, no para de crear y cuenta con

⁶ Intervención en la Semana del Instituto de Vida Religiosa de Madrid (2023).

⁷ Galeano E. (1993). Diario "La República". Montevideo. Citado en el libro "¿De qué hablamos cuando hablamos de Winnicott?"

nosotros como co-creadores. Él se encarnó, aconteció en nuestra historia y desde entonces, esa experiencia nos pone de cara a la exigencia de que la fe este unida a la vida y se constituya en un estímulo para la acción. Nuestro Dios encarnado, pleno de humanidad; nuestro Dios Resucitado, revestido de divinidad y cubierto de heridas, acontece como el relato creíble, como la Palabra que puede poblar a la Vida religiosa de esperanza... Él la razón de la esperanza y en Él y a su estilo, un despliegue de posibilidades.

Contemplar a Jesús, poner la mirada fija en Él, nos conduce a un estilo de ser y de estar en el mundo. Vamos por la vida revestidos de esperanza, configurados por ella y eso se traduce en gestos, en opciones, en modos... El modo de Jesús. Ese que se bebe en el Evangelio, saboreando la Palabra, contemplando la Persona de Jesús y escudriñando en la historia, en la realidad y entre los pobres, sus rasgos.

Contemplar a Dios en la vida, en la nuestra, en la de nuestro mundo y nuestra iglesia, no nos exime de las heridas, esas son las marcas que aparecen como consecuencia de existir y peregrinar; pero contemplarlo nos ubica en la lógica de lo profundo. Por eso quiero empezar con este poema.

*PROFUNDO,
el sentimiento que surge del encuentro,
el silencio que queda
después de hilvanar palabras,
el abrazo añorado o inconcluso,
el vacío que produce la distancia.*

*El mar inagotable y sin orillas,
la tierra herida de nostalgias,
el barro amasado en la carencia,
el corazón tendiendo al infinito.*

*Tu paso encarnado por nuestra vida,
tu voz llamándonos a lo imposible,
tu Reino aconteciendo
contra todo pronóstico.*

*Profunda,
la lumbré que brilla en las tinieblas,
la paz esquiva,
correteando por los campos,
la lluvia empapándolo todo y fecundando,
la mesa que congrega a los amigos.
Tu Palabra, que acalla
nuestro bullicio interno,
tu serena compañía,
que detiene
nuestro camino sin semáforos,
tu Misterio,
en el que se revela nuestra verdad.*

*El amanecer
abriéndose un camino de colores,
la noche saturada
de estrellas y promesas,
la trama de la historia
y tu amor sin fronteras.*

*Tú,
llamándonos mar adentro,
sin bitácoras, ni brújulas,
urgiéndonos a lo definitivo.*

Los invito a que, sin negar las heridas, los faltantes, lo más desafiante de la realidad, nos ubiquemos en el lugar de lo profundo, ahí donde experimentamos que nuestro Dios pasa por la historia haciendo renacer la esperanza. Hagamos un acto de fe, en que la nuestra, es también Historia de Salvación y dispongámonos a contemplar.

Contemplar es un verbo, nos sitúa en la lógica de la acción, lejos de toda pasividad que paraliza. Nos pone en movimiento, nos saca de nosotros. Esta hora de la Vida Religiosa es propicia para contemplar. Como no hacerlo en medio de este mundo roto, en crisis, en guerra... La Contemplación nos ubica en la dinámica de la encarnación. Lo propio del Dios Trinidad que nos propone Ignacio de Loyola, en sus Ejercicios Espirituales, es la contemplación. Es ver. Nuestro Dios, es un Dios que mira. La Trinidad está mirando al mundo en su complejidad, en su fragilidad y Dios Trinidad se determina a salvarlo... Él quiere hacer redención de la humanidad, y para eso se abaja, se agacha. Lo primero es ver, es contemplar, es conmoverse, es en términos ignacianos "afectarse". De ahí surge el movimiento, la salida. La amorosa mirada que hace posible la efectiva compasión, la renovada esperanza.

Bauman ha dicho que esta es una sociedad líquida, Lipovetsky la ha llamado porosa, Mardones fragmentada, Yun Chul Han, ha dicho que es la sociedad del cansancio. Nosotros podemos tener mil calificativos para esta sociedad compleja, lo cierto es que es la nuestra, en ella nos corresponde vivir. Y como repetidas veces lo insinúa el Papa Francisco este "mundo contemporáneo está en continua transformación y se encuentra atravesado por múltiples crisis" y en él, nos urge renovar todos los días nuestro Sí. A nosotros, inspirados por Dios Trino, lo que nos corresponde es mirar a lo profundo de nuestro mundo en crisis, en transformación; contemplar para movernos a compasión, para, aferrados a la esperanza, permanecer apasionados por la vida.

La contemplación es un itinerario de apertura. Que nos ubica en salida y nos dispone al compromiso. La capacidad contemplativa incluye todas las demás dimensiones de la vida, todas se dan cita en torno a ella. No es un apéndice, un compartimento que se reduce a espacios de oración, es una actitud que nos sitúa de manera nueva ante la vida y nos libera de la prisa, la rigidez de la agenda, el activismo desenfrenado. Nos dispone al cambio.

Supone un desborde místico que nos conduce a peregrinar, lo nuestro, en esta opción vocacional es peregrinar: al interior sin tregua, y al exterior sin excusa. Este desborde nos moviliza, nos lanza, nos pone en camino. La contemplación nos sitúa allí donde el silencio hace posible que resuene la Palabra, donde la humildad nos permite reconocernos necesitados, donde la fragilidad nos hace recibirlo todo como gracia. La contemplación no tiene su origen en la voluntad, la moviliza el afecto y el afecto es el vientre en el que se fecunda, crece y germina la esperanza.

2. La escucha conduce a la conversión

Escuchar no es tarea fácil, no se trata sólo de percibir fonemas, sonidos, no se reduce a oír; es fundamentalmente un arte que supone descentrarse, salir de sí, abrigar al otro en su realidad y con su historia. La escucha auténtica exige libertad y despojo de preconcepciones, ideas fijas, posiciones aprendidas. Requiere asumir el riesgo de dejarse transformar por lo escuchado, sí, porque la escucha conduce a la conversión. “Buscar y escuchar, con sincero corazón, marcan hoy los cauces de la renovación de las personas, de las comunidades de la vida consagrada y, también de la Iglesia...La escucha es tarea de todos los que nos sentimos alcanzados por la misericordia. Saber escuchar, tener oído de discípulo, revela haber sido agraciado con un gran don para los demás. Escuchar la voz de Dios en su Palabra, en Jesús, y en los hermanos de Jesús, en los signos de los tiempos y de los lugares, manifiesta libertad y disponibilidad”⁸. El Espíritu, que inspiró los Evangelios y que actúa en el Pueblo de Dios, inspira también cómo hay que escuchar la fe del pueblo⁹.

Los consagrados ubicados en esos rincones geográficos y existenciales en los que desarrollamos nuestra misión, estamos llamados a ser artesanos de la escucha. En esta época todos preferimos escuchar a los testigos: tenemos sed de autenticidad. El pueblo no nos pide “que seamos inmaculados, pero sí que estemos siempre en crecimiento, que vivamos el deseo profundo de crecer en el camino del Evangelio¹⁰” y no mengüemos en coraje misionero, en radicalidad fraterna y en alegría.

Por eso, escuchar, le supondrá a la Vida Religiosa, discernir con inteligencia espiritual y los pies anclados en la realidad, las mociones, para desentrañar cómo trabaja Dios, qué espera, cómo y dónde quiere a los consagrados, desde que lógicas y criterios espera sus respuestas y compromisos. Discernir para poder conjugar la atención a la realidad, en la que Dios acontece, con respuestas audaces, innovadoras y por sobre todo evangélicas. Hoy, ejercitarnos en la artesanía de la escucha, nos conduce al origen, a la fuente de una vivencia relacional que marca nuestra identidad, se trata de la sinodalidad.

Es posible ahondar en la Sinodalidad desde diferentes ópticas: bíblica, patristica, histórica, sistemática, jurídica, ecuménica; pero si ahondamos desde la dimensión pastoral y urgidos de conversión pastoral, afirmaremos que se deben privilegiar las

⁸ Bocos Merino, *Un Relato del Espíritu*, 141.

⁹ EG # 139

¹⁰ Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 76: AAS 68 (1976), 68. (E.G.#151).

personas, las actitudes, los diálogos con los saberes previos y los procesos. Y es, justo ahí, donde cobra gran importancia la escucha. La Sinodalidad no se reduce a eventos asamblearios, es fundamentalmente un espíritu, un modo de situarse y edificar la Iglesia. Una Iglesia sinodal, es una Iglesia de escucha y el gran modelo de escucha y encuentro es Jesucristo. La Iglesia, continuadora de la obra redentora de Cristo en el mundo, esta llamada a ser maestra en escucha, diálogo, discernimiento y relación.

Escuchar es el imperativo, la condición para que pueda acontecer un auténtico proceso de conversión y reforma. Será necesario superar el clericalismo y generar dinámicas relacionales en las que la voz de todos pueda resonar en su peculiaridad, en su belleza y con la fuerza suficiente para generar reflexión y acción que movilice al cambio. Escuchar exige una disposición del corazón a salir de los propios esquemas y de las cerrazones en las que tantas veces se arraigan las posiciones fundamentalistas. Cuánta razón tiene Chittister al afirmar que: “los oyentes son la especie más rara del mundo. Es fácil dar con las figuras parentales, gurúes, líderes, grandes señores curiales e importunos; pero los oyentes –los que escuchan el dolor que hay detrás del dolor, que te permiten explorarlo y trabajan contigo para que encuentres un camino para superarlo –son escasos-. Pero ¡qué gran diferencia suponen...!”¹¹

Una Vida religiosa habitada por la esperanza, configurada por la esperanza, es la que se sitúa en el lugar de la humildad y desde allí escucha para desentrañar todo lo que debe transformar para ser significativa y evangélica. Es la que cree en el valor de lo germinal y en la que se tiende naturalmente a humanizar, trascendiendo modos de proceder y formas institucionales; es la que permite que entre aire fresco, la que no encasilla a las nuevas generaciones en moldes estrechos y heredados, sino que les permite reconocer su propio don y crecer al ritmo del Espíritu; es la que se sitúa más allá de los límites de lo establecido, la que supera su actitud de guardiana de tradiciones y se mueve al ritmo de la flexibilidad que trae consigo escuchar muy de mañana a su Dios y dejarse conducir por Él, por senderos inéditos.

3. Escuchar hasta que renazca la esperanza

En las dinámicas relacionales, estamos llamados a privilegiar lo que humaniza: las actitudes, el diálogo, el encuentro en gratuidad, los procesos; lo que tiene que estar en centro es la persona y nos debe movilizar un deseo: crear ecosistemas comunitarios sanos. Y es, justo ahí, donde cobra gran importancia la escucha. Ese es el primero y más grande de los mandamientos, el que nos ubica en el lugar del amor: Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando¹².

Es cuestión de amor, por eso es necesaria una auténtica escucha que configure y evidencie el modo de ser humanos, de ser creyentes, de construir lo comunitario. La

¹¹ Chittister, *Ser Mujer en la Iglesia*, 123.

¹² Dt. 6, 4-7.

escucha como el posibilitador de una mirada nueva sobre las personas, los procesos y las instituciones; la opción debe ser caminar hacia nuevas formas de relationalidad que nos permitan aprender y adentrarnos en procesos de vida y misión para ser artesanos de fraternidad y de sororidad.

En la construcción de la vida en común, necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro¹³. Sólo a partir de la escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, de una maduración auténtica que nos conduzca a convivir en condición de hermanos.

Escuchar es el imperativo, la condición para que pueda, en la Iglesia y en la Vida Religiosa, acontecer un auténtico proceso de conversión y reforma. Será necesario superar el clericalismo, la verticalidad que anula la pluralidad, la tendencia a la hegemonía cultural que desdibuja la belleza del otro. Será conveniente reconocer el afecto invasivo y la manipulación afectiva, que desvirtúan el auténtico amor. Habrá que desechar el narcisismo que nos ubica en el lugar de la superioridad... tendremos que pedir la gracia de convertir el corazón y generar dinámicas relacionales en las que la voz de todos pueda resonar en su peculiaridad, en su belleza y con la fuerza suficiente para generar reflexión y acción que movilice al cambio.

En este sentido tendríamos que reconocer que no escucha sólo una persona, escucha una comunidad. Se necesita un ambiente, la comunidad evangelizadora. Una capaz de meterse con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás. Una que achique distancias, se abaje hasta la humillación si es necesario, y asuma la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo.

4. El camino de la unidad supone conversión

La unidad es fruto de la acción del Espíritu y exige vivir lo que propuso el Papa Francisco, en su Carta con motivo del año de la Vida Consagrada: *La mística del encuentro*, la capacidad de escuchar a las demás personas, de buscar juntos el camino. Todo, a imagen de la Trinidad, como modelo de toda auténtica relación que rompe con la homogeneidad. En lo más auténtico del encuentro no se eliminan las identidades personales, cada uno llega al escenario de la relación, con lo que es, con su historia y sus sensibilidades, permeado por una realidad y moldeado por una sumatoria de saberes y experiencias vitales. La marca de la propia identidad hace a cada persona, portadora de un don, un carisma y un estilo concreto, todos únicos y diferentes. Así lo expresa Joan Chittister: "...toda persona vive para hacer algo que únicamente ella puede hacer. Cada uno de nosotros es llamado, en virtud de lo que amamos y hacemos bien, a dar al mundo algo que llevará el sello de nuestra presencia en él. Somos llamados a añadir algo a la creación del universo"¹⁴.

¹³ E.G. N° 171.

¹⁴ Joan Chittister. *Ser Mujer en la Iglesia: Memorias Espirituales* (Cantabria: Sal Terrae, 2006), 59

Y esto, que sucede en el ámbito de la relación personal, también se evidencia en el intercambio que se suscita al interior de la vivencia común. Llamados a un mismo estilo de vida, pero no desde modelos únicos, ni estilos homogéneos, convocados con consciencia de la diversidad que nos enriquece. El encuentro requiere ser consciente del propio don, pero exige abandonar la tentación de sentirnos superiores a los demás. El imperativo es uno: en la experiencia de la propia identidad y con consciencia de la innegable diferencia, todos llamados a la unidad. Por eso, en su mensaje de despedida, Jesús, ofrece un legado que evidencia lo que añora: “Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí, y yo en ti”¹⁵. Son palabras cargadas de sentido práctico y que expresan la lucidez de Jesús, quien sabía bien que la andadura de los creyentes, para ser auténtica y creíble, requería de unidad.

El encuentro supone conversión, salir de sí e ir más allá de las propias visiones. Teólogos de la categoría de Karl Rahner, Johann B. Metz y Hans Küng...nos invitan no solo a reflexionar sobre la conversión interior, sino a hacerlo también sobre las modalidades y condiciones de una necesaria transformación estructural...Además nos ayudan a entender que los procesos de reforma auténticos se desarrollan poniéndose en relación con el otro y gracias a una mirada “otra”: la del margen, la disidencia, las minorías críticas¹⁶.

La fecundidad le vendrá a la Vida Religiosa de la capacidad que tenga de elogiar lo germinal, lo pequeño; de ubicarse sin miedo en el escenario de lo humano, donde la vulnerabilidad no asusta porque es común y se traduce en el lenguaje que acerca y hermana. En la lógica de lo germinal, la salvación llega cuando nos sentimos comunidad y en camino; cuando superamos temores y le permitimos a Dios fecundar nuestras esterilidades, hacer posible la vida nueva, pequeña, frágil...La vida que requiere de cuidados y desvelos, de amor desmedido y fe a toda prueba. El desborde de lo germinal nos lanza a abrir los ojos, a afinar el oído y ordenar el corazón, para percibir la presencia sutil y definitiva del Dios que, desde la osadía de la Encarnación y en lo cotidiano de Nazaret, hace nuevas todas las cosas.

5. La Trinidad expresión de un profundo encuentro, paradigma de relación

La Trinidad es sin duda una comunidad de cuidado, por eso, tal vez no sea equivocado pensar que al comienzo no fue la creación, al comienzo fue la relación y de ella surgió la vida, el estallido de la vida y desde entonces el destino de todo sobre la faz de la tierra, es la interrelación; todo conectado para evidenciar la sacralidad de todo lo creado.

El Concilio Vaticano II expresa: “Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos. Todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios, quien hizo de

¹⁵ Jn. 17, 21.

¹⁶ Mireia Vidal i Quintero et al. *Reforma y reformas en la Iglesia. Miradas Críticas de Mujeres* (Navarra: Verbo Divino, 2018), 109.

uno todo el linaje humano y para poblar toda la haz de la tierra (Act 17,26), y todos son llamados a un solo e idéntico fin, esto es, Dios mismo"¹⁷.

Dios es Padre, es Creador y recreador y está constantemente ocupado en su misión de abrigar con amor misericordioso a la humanidad. En el Antiguo Testamento, la bendición, la protección, están unidas al desvelo de los padres por los hijos, al arte de cuidar de ellos, de la fecundidad y la abundancia para sus vidas. Dios expresa su amor al pueblo, haciendo alianza con él. En el Nuevo Testamento, con Jesús, el cuidado, exige kenosis, salir de sí mismo, ponerse en el lugar del otro, incluso trascendiendo el sábado, la ley. El cuidado supone una manera de situarse ante los otros y la tierra, una manera que dignifica, acompaña, sana, levanta y da fuerzas para echarse a andar.

El Espíritu es un decidido cuidador, que con los dones que ofrece abriga constantemente la vida de la Iglesia. La Trinidad es comunidad de amor, ante la cual no caben las relaciones utilitaristas, mediatizadas por el miedo, provistas de intereses mezquinos. Ella encarna en sí misma un estilo relacional, ya de suyo circular, complementaria y vital, como se evidencia en la icónica imagen pintada por Rublev¹⁸; sin embargo, como lo expresa Eloy Bueno, "no sólo la Trinidad es el misterio del que brota todo amor verdadero (AL 63) sino la base y fundamento de la relacionalidad que caracteriza todo lo que existe, pues toda criatura lleva en sí una estructura y un dinamismo propiamente trinitario y está inserta en una trama de relaciones. La relacionalidad de todas las criaturas, la interconexión de todo lo que existe, la solidaridad global, brota del misterio de la Trinidad (LS 239-240)"¹⁹.

Toda relación inspirada en el estilo trinitario requiere de una nueva mirada, contemplativa, más teologal y encarnada, más capaz de reconocer al Dios que acontece en el territorio de lo humano y que invita a la plenitud de la relación.

La Iglesia está hoy, más que nunca avocada a un nuevo modo relacional más contextualizado, encarnado en la realidad, capaz de escuchar y hacer resonancia de distintas voces y de ubicarse generando el dialogo fe-cultura, fe-ciencia y tecnología... Será necesario reconocer que como lo enmarca Bueno y Calvo: "Una serie de actitudes que han ido cerrando a la Iglesia en sus propios muros. Todo lo que viniera de fuera, en principio, era sospechoso, sino pernicioso y malo; se extendía un fuerte eclesiocentrismo que anhelaba poder seguir siendo el centro organizador de la vida de las personas y de las sociedades. A nivel espiritual se querían retomar carismas y modelos de otras épocas, con lo que llevaba de descontextualización vital de la fe e infravaloración de lo seglar...Indicios genéricos pero que fueron creando un talante de huida del mundo y una excesiva sacralización de la misma Iglesia en sus estructuras históricas. Consecuencia de todo ello es que la Iglesia fue perdiendo

¹⁷ Constitución Pastoral, *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, No. 24.

¹⁸ Andrei Rüblev crea en 1495 el icono "ritmo trinitario", inspirado en la hospitalidad de Abraham. Conservando la técnica y formas de la tradición bizantina, expresa la oración sacerdotal "para que todos sean uno...para que el Amor con el que me has amado esté en ellos" Jn 17, 21-23.

¹⁹ Eloy Bueno de la Fuente, *Eclesiología del Papa Francisco. Una Iglesia Bautismal y Sinodal* (Burgos: Fonte, 2018), 84.

significación de cara a unos hombres y mujeres en unas sociedades determinadas que vivían desde otras ideas y valores, no necesariamente contrarias a la fe²⁰.

Una vida significativa para el mundo de hoy es la que evidencia la calidez del amor. Los hechos son sin duda un lugar teológico y en ellos Dios nos narra su querer, el grito de nuestra sociedad es el fonema que Dios usa para llamarnos a la conversión. El hoy de nuestra historia eclesial nos exige situarnos con profunda humildad, reconocer la fragilidad, el pecado que ha salpicado las estructuras de nuestra Iglesia. Tenemos que develar lo que está en la raíz de esta crisis eclesial. Esta crisis evidencia un modo de relacionarnos que ha estado alejado del querer de Dios. Nos hemos acostumbrado a convivir en medio de relaciones rígidas y autoritarias, estilos clericales y fundamentalismos excluyentes, afectos invasivos y aislamientos dolorosos. Hay que purificar las relaciones. Este, es sin duda, un tiempo de gracia, propicio para la conversión, pero nos exige aprender a situarnos, reaprender el arte de la relación, ubicarnos en el lugar de las víctimas y caminar hacia un nuevo modo de ser Iglesia, más sinodal, más sencillamente fraterno, en el que hay lugar para todos.

El hoy de nuestra Iglesia nos exige ejercitarnos en la profecía de lo comunitario, caminar con consciencia de que somos pueblo de Dios y con osadía situarnos humildemente, desenmascarando las marañas del poder que deshumanizan. Se trata de volver a lo original del Evangelio y optar por el amor que dignifica.

6. La profecía de lo comunitario, la sinfonía de la relación

Un matiz específico de la vida cristiana es la vivencia comunitaria. En el carisma, que a cada uno se le ha concedido, hay una tendencia a lo que se construye con otros, en complementariedad y corresponsabilidad y eso exige apertura a la diversidad, capacidad de aunar ritmos, de combinar lenguas, culturas, sensibilidades y visiones. Supone una nueva mirada contemplativa que posibilite descubrir el bien, la verdad y la belleza que habitan en cada ser humano. Se trata de un itinerario que exige salir de sí mismo y aventurarse por el territorio sagrado de la otredad. No hay romanticismo en el deseo de vivir para lo común, Pedro Casaldaliga, tiene un poema muy corto pero elocuente: “El difícil otro, el difícil yo, el duro nosotros, de la comunión”.

La vida de fraternidad puede ser difícil, pero es en este hoy de la historia, en medio de una sociedad polarizada, de xenofobias y racismos, el testimonio, por lo menos el testimonio más creíble. La profecía que devuelve la esperanza es la profecía de lo común. El gran anuncio, es que, siendo tan distintos, podemos vivir como hermanos. En ocasiones entre nosotros, hay una tendencia al individualismo y el papa Francisco nos ha recordado que eso es claramente una huida de la fraternidad, y la vida de fraternidad si se vive mal no ayuda a crecer.

²⁰ Bueno y Calvo, *Una Iglesia Sinodal*, 20-21.

Francisco dice que “los conflictos comunitarios son inevitables: existen y deben existir, y el conflicto debe ser asumido, no debe ser ignorado... Hay que aceptarlo, hacerlo propio, acariciarlo, sufrirlo, superarlo y seguir adelante. Ante el conflicto con un hermano, debemos rezar y pedir la gracia de la ternura”²¹.

Sólo la ternura tiene fuerza para enmendar errores, para dejar caer aquello que desgasta energía y quita gozo, para comprender y ponerse desde las entrañas en el lugar del otro. Si ponemos la mirada en Jesús reconocemos que cada uno de sus encuentros: con Zaqueo, con la Samaritana, con Nicodemo... son un laboratorio de ternura. Sólo el ejercicio cotidiano de la ternura nos hace más humanos y refleja con mayor nitidez el rostro de Dios en medio de la humanidad. En un mundo de fronteras e individualismos, la comunión es el mayor testimonio que podemos dar. La utopía de la fraternidad debe ser para los Consagrados el horizonte de sentido.

“En la mística de vivir juntos”²², el horizonte es caminar como hermanos, en gratuidad, acogiendo las diferencias, potenciando lo mejor de cada uno, construyendo un proyecto común, entonando la melodía de la fraternidad. La andadura sinodal supone conversión, a la Iglesia y en ella, a la Vida Religiosa, le corresponde ser esa narrativa creíble de lo que la sociedad espera encontrar en ella. Y eso pasa por generar esa necesaria dinámica de relación, de encuentro en complementariedad y en reciprocidad. Se trata de hacer posible el nosotros eclesial, de trascender singularidades, para vivirse en el don de la pluralidad, es ahí donde acontece el sentido de Iglesia, el *sensus Ecclesiae*. Y esa conversión, que requiere trascender individualismos, debemos hacerla todos, porque todos podemos caer en la tentación de la suficiencia que limita para salir, para ir más allá y disponerse en condición de discípulos al encuentro.

El rostro de la Iglesia es plural, un poblado variopinto, repleto de diversidad, pero la llamada que desde el origen ha resonado con fuerza es: ...que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado²³. Sólo en adhesión a Dios y con consciencia de hermandad, es posible la configuración del pueblo.

Con la expresión “pueblo de Dios” llegamos al corazón de la fe israelita. En el fondo puede decirse que toda la fe israelítica se cifra en decir que Yahvé es el Dios de Israel e Israel es el pueblo de Yahvé. Esto desde que Dios por pura gracia lo llamó y posteriormente lo sacó de Egipto y luego hizo alianza con él en el Sinaí²⁴. El pueblo que en diversidad de carismas, ministerios y vocaciones adquiere dignidad común en el bautismo, el mismo que en este hoy de la Iglesia y la sociedad es convocado a la comunión. La categoría Pueblo de Dios se convirtió en el símbolo de la eclesiología del Vaticano II. En ella se sintetiza “el giro copernicano” operado por el concilio: el ser y la misión de la Iglesia no gira en torno a la jerarquía, sino que todas las funciones

²¹ ¡Despertad al mundo! Crónica del encuentro del Papa Francisco con la 82 Asamblea General de la Unión de Superiores Generales. Roma, 29 de noviembre de 2013.

²² *Evangelii Gaudium*: <https://www.vatican.va/evangelii-gaudium/sp/files/assets/basic-html/page71.html>.

²³ Juan, 17, 21.

²⁴ Amerindia, *Perspectivas de Sinodalidad: Hacia una Iglesia con rostro amazónico*. (Bogotá: Amerindia, 2019), 13.

y ministerios de la Iglesia giran en torno a la tarea que ha sido encomendada al Pueblo de Dios²⁵.

El recorrido por la *Lumen Gentium*, permite adentrarse en la identidad de la Iglesia como misterio de comunión. La comunión es un don que hay que acoger, agradecer y disfrutar. La vida comunitaria, fraterna y apostólica, como consejo integral, es el máximo testimonio y apostolado en sí misma. La persona es un ser en relación, que madura y plenifica en el nosotros carismático. La caridad vigoriza los vínculos fraternos²⁶ y conduce a la ofrenda de la vida en una sinfonía eclesial, que no está exenta de conflictos y crisis, pero en la cual es posible la construcción colectiva, la expresión de lo diverso y la plenitud en la vivencia de la propia y particular vocación.

Esto desde la certeza de que la misión del Pueblo de Dios, la tarea evangelizadora de la Iglesia alcanza su plenitud cuando es asumida desde la perspectiva de la comunión, anclados en la experiencia de que el Espíritu nos hace hermanos y nos envía en condición de discípulos y misioneros.

La Vida Religiosa es mística, misión y profecía. El compromiso que tenemos en este momento histórico es reescribir estos tres relatos esenciales de nuestra identidad y misión. Echarnos a andar con otros nos conducirá a construir juntos en la vivencia de una auténtica espiritualidad y conscientes de la identidad de sujetos eclesiales y de que, por el bautismo y el sacerdocio común, todos tenemos una misma dignidad, y estamos llamados a contribuir a la configuración de una Iglesia más sinodal, en la que será de manera especial, necesaria y significativa la presencia y la misión de las mujeres, los laicos, los pobres y todos los sujetos emergentes excluidos históricamente.

La necesaria conversión a la que estamos llamados requiere que nos hagamos expertos en la mística del encuentro. Se trata de adentrarnos en una dinámica de conversión, un proceso de escucha, reflexión y discernimiento que tiene como objetivo: “volver a la Iglesia cada día más fiel, disponible, ágil y transparente para anunciar la alegría del Evangelio. Los desafíos están para ser superados. Debemos ser realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. No nos dejemos robar la esperanza misionera”²⁷.

7. A modo de conclusión: a su paso renace la esperanza

Estamos, como los discípulos de Emaús, atravesando la noche. Y la noche no es una metáfora, es una experiencia. Es evidente que estamos justo en el conticinio, en ese momento de la noche en el que todo está en absoluto silencio, como esperando que resuene la Palabra, esa capaz de fecundar, de conferir sentido y misión, de señalar el rumbo y dar gozo al ser. E inmersos en la espesura de la noche, podemos expresarnos en toda la belleza, la plenitud y la autenticidad. Hoy somos más frágiles, más pequeños, estamos más heridos y limitados, tenemos menos trincheras y seguridades

²⁵ Eloy Bueno y Roberto Calvo, *Una Iglesia Sinodal: Memoria y Profecía* (Madrid: BAC, 2000), 47.

²⁶ Bocos Merino, *Un Relato del Espíritu*, 86.

²⁷ Raúl Berzosa Martínez, *Inteligencia Pastoral en clave de Sinodalidad*. (Barcelona: CPL, 2020), 46.

y, por tanto, somos más aptos para posar el corazón en lo fundamental y para que con humilde osadía, podamos recrearnos en el Espíritu de Dios, capaz de hacer nuevas todas las cosas. En este momento de la Vida Religiosa, en esta noche prolongada, sólo la centralidad en Jesucristo nos devolverá nuestra identidad. Lo que está en juego es la necesaria reforma, esa que surge del accionar de Dios en las entrañas de la historia. “He aquí que yo hago todo nuevo. ¿no lo notan?”²⁸. Estamos convocados a la necesaria conversión que tiene su origen, en la escucha fiel a Dios y a la realidad, la escucha como la condición para la transformación.

Hace muchos años, resonó en mi interior un poema muy corto: “Te vi, supe que eras Tú, porque a tu paso, renacía la esperanza”. En un acto de osadía, despertemos, abramos los ojos con mirada contemplativa, transformemos el corazón y con nuestro compromiso cotidiano, tierno y humilde, hagamos posible que renazca la esperanza.

²⁸ Is. 43,19.

► COMUNICACIÓN

Cuentas de adolescentes en *Instagram*²⁹

Pablo Gariazar

Pertenezco a la generación que consiguió engañar a sus padres diciendo que el ordenador que pedía a los Reyes Magos no era para jugar a videojuegos sino para hacer los deberes, así que entiendo a nuestros adolescentes cuando dicen que necesitan el móvil para que les podamos llamar y para buscar información en Google. Yo hice algunos deberes con el ordenador, pero sobre todo me pasé las tardes jugando a videojuegos y lo mismo hacen los adolescentes actuales: probablemente busquen algún dato en Google y de vez en cuando nos cojan el teléfono, pero principalmente quieren el móvil para socializar con sus amigos en WhatsApp, Instagram o TikTok.

Una preocupación razonable

A pesar de que mucha gente relaciona la creciente crisis de salud mental entre nuestros adolescentes con el uso de dispositivos móviles, la relación entre ambas cuestiones no está del todo clara y, desde luego, no podemos achacar a los smartphones ser la causa de ese incremento. Sin embargo, tampoco podemos mirar para otro lado con respecto al diseño de las redes sociales digitales y el tipo de comportamientos que fomentan.

Las principales redes sociales en Internet que usan los adolescentes se aprovechan de los trucos de diseño típicos para maximizar su tiempo de uso: notificaciones constantes, scroll infinito, likes, comentarios, contenido efímero, vídeos cortos que se reproducen uno detrás de otro, selección de contenidos mediante algoritmos personalizados, etc. Además, estas redes permiten que se den ciertas dinámicas entre sus usuarios que pueden conducir a situaciones de acoso, intimidación,

²⁹ Artículo publicado en la revista “Mensajero” (octubre 2024).

ridiculización o divulgación de contenido inapropiado / íntimo con consecuencias muy graves para el bienestar de adolescentes.

Sin embargo, numerosos estudios afirman que socializar a través de Internet tiene muchos beneficios para el bienestar emocional de la juventud y ha sido un verdadero salvavidas para mucha gente en situaciones extremadamente estresantes como la pandemia. Por eso, creo que la solución no pasa por prohibir el uso de redes sociales entre adolescentes, sino por fomentar un buen uso que tenga en cuenta su intimidad y privacidad, su tiempo de descanso, su protección ante usos indebidos, etc.

Meta nos propone una solución

Dada esta tensión entre los pros y contras de que los adolescentes usen las redes sociales, los principales proveedores quieren adelantarse a posibles campañas contrarias por parte de las familias. Así, Meta, la creadora de Facebook y propietaria de Instagram y WhatsApp, ha introducido recientemente las cuentas «teen» en Instagram (actualmente, solo están disponibles en algunas ubicaciones, pero se espera que se implementen globalmente a principios de 2025).

¿En qué consisten estas cuentas de adolescente? Son cuentas normales de Instagram destinadas a usuarios de 13 a 17 años que se configuran automáticamente con todas las medidas de protección de la privacidad y seguridad activadas por defecto. De esta forma, el contenido que publiquen será privado, solamente podrán consultar contenido adecuado a su edad y sus madres/padres/tutores podrán gestionar su tiempo de uso.

Todas las cuentas nuevas de Instagram creadas por personas de menos de 18 años serán cuentas adolescentes automáticamente. Además, las cuentas ya existentes de usuarios menores de 18 años se irán migrando progresivamente a cuentas «teen», haciendo que sean privadas (incluso en el caso de que anteriormente fueran públicas).

Además de limitar su visibilidad, este tipo de cuentas restringen quiénes pueden etiquetarlas, mencionarlas o remezclar su contenido. Lo mismo ocurre para los comentarios y mensajes potencialmente ofensivos, que serán ocultados automáticamente.

Para no interferir con las horas de sueño de los adolescentes, estas cuentas tienen un modo descanso que evita su uso desde las 22:00 hasta las 7:00 todos los días. En este modo, se silencian las notificaciones de Instagram y se activan respuestas automáticas a los mensajes indicando que la cuenta está en modo descanso. Además, después de pasar 60 minutos en la aplicación al día, se envía una notificación para cerrar Instagram y hacer otras cosas.

La supervisión por parte de madres/padres/tutores no implica que estos podrán leer los chats de sus adolescentes, publicar en su nombre o cambiar su contraseña.

Sí que recibirán notificaciones sobre los temas generales de interés de sus hijos en Instagram y el tiempo de uso de la *app*.

Como vemos, este tipo de cuenta propone un estado intermedio entre el control y la libertad totales a la hora de que un adolescente use Instagram, lo que supone una mejora para poder acordar límites en casa y asegurarnos de que la aplicación nos va a ayudar a que sean efectivos. Por este motivo, habrá muchos adolescentes que no verán con buenos ojos las nuevas «teen» y tratarán de mentir sobre su edad o crearse cuentas alternativas al margen del control parental. En este sentido, Instagram asegura que implementará medidas directas e indirectas para estimar la edad de sus usuarios y forzar a tener una cuenta «teen» a toda persona que sea identificada como adolescente.

¿Supondrá esto una pérdida masiva de usuarios adolescentes? ¿Mejorará la imagen que tiene esta red social entre las familias? Todavía es pronto para afirmarlo, pero es bastante probable que ocurran las dos cosas.

CARISMA

Sor María Troncatti

Una vida de esperanza

El 25 de noviembre de 2024, durante la audiencia concedida al cardenal Marcello Semeraro, prefecto del Dicasterio para las Causas de los Santos, el Santo Padre, el papa Francisco, autorizó al Dicasterio a promulgar el decreto sobre el milagro atribuido a la intercesión de la beata María Troncatti, hermana profesa de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, nacida en Córteno Golgi (Italia) el 16 de febrero de 1883 y fallecida en Sucúa (Ecuador) el 25 de agosto de 1969. Esto implica su pronta canonización.

«¡Oh, como sentí en aquella ocasión la protección de nuestra dulce Auxiliadora! [...] La Virgen nos cubre con su manto materno y nos lleva de la mano, salvándonos siempre de los peligros»³⁰.

Sor Maria Troncatti nace en Corteno Golgi (Brescia) el año 1883. Crece feliz entre el duro trabajo junto a su numerosa familia, repartiendo su tiempo entre la actividad agrícola y el cuidado de sus hermanas pequeñas. Para ellas es una “pequeña maestra”, amiga y madre, franca y sincera, llena de amabilidad y sensibilidad humana, exigente consigo misma, inteligente y de buen carácter. A pesar de sus travesuras infantiles, siente que el Señor la acompaña. Hacemos alusión a un pequeño episodio. «Un día que estaba con sus amigas, mientras asaba al fuego algunas patatas, el viento hizo que se quemara su vestido y las medias, hechas con la lana de las ovejas. Entonces vio un hombre que se presentó de improviso y apagó el fuego; mandó a un muchacho que trajera vino y aceite, y él mismo con las actitudes del Buen Samaritano curó y vendó sus heridas. Pero el hombre desapareció antes de que llegase su padre».

³⁰ *Lettere di Suor Maria Troncatti, 22.*

Tal como leemos en la Exhortación Apostólica “*Gaudete et exsultate*” podemos decir que estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios³¹.

Un ambiente rico de afecto y de fe

Maria Troncatti gozó en familia de la presencia de un padre amigo, cercano, sensible, fuerte y tierno, y de una madre llena de fe, que decía: “Pase lo que tenga que pasar, Fiat, ¡Fiat!”. Su *fiat* apelaba incesantemente al corazón de Dios. El amor de su padre es alimento y base de la confianza en sí misma. Desde niña experimenta el “sistema preventivo”. Decía en aquella situación de peligro: «No tuve miedo porque conservaba aún en mi corazón la gracia de la Comunión de hacía tres días. ¡El Señor ha cuidado de mí!». Jesús Buen Pastor, viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: “No tengáis miedo” (Mc 6,50).

Cada domingo Maria participaba con sus padres en la Eucaristía, el catecismo, en las vísperas y a la bendición Eucarística. Adquirió una profunda formación cristiana, que la ayudó a abrir su corazón cada vez más a la gracia de la vocación religiosa y a cultivar un fuerte impulso misionero para servir a Dios en los pobres. Fue capaz de comprender que «el discípulo misionero es un hombre y una mujer que hace visible el amor misericordioso del Padre, especialmente hacia los pobres y los pecadores»³².

Por la despierta capacidad intelectual de Maria, la maestra Buila organizó otro nivel más alto en la escuela para educar en ella la inteligencia y el corazón, y ayudarla a formarse un carácter firme y decidido, generoso y misionero. Maria empezó a conocer la Familia Salesiana, gracias al *Bollettino Salesiano* que la maestra recibía cada mes y que le permitía leerlo en clase. El *Bollettino* narraba las pacíficas conquistas de los misioneros y de las misioneras en tierras lejanas y las gracias extraordinarias obtenidas por intercesión de María Auxiliadora, la Virgen de don Bosco. De este modo, la pequeña Maria, como Jesús, crecía en sabiduría, piedad, prudencia y laboriosidad bajo la mirada vigilante del padre, custodiada por la dulce austeridad de la madre y guiada espiritualmente por el párroco.

Esta rica experiencia familiar impregnada de valores cristianos, la vivirá más tarde sor Maria en tierras ecuatorianas, especialmente en el contacto con la cultura shuar en la Amazonía. Con gratitud y cariño la gente la llamará: “*Madrecita buena*”. De esta buena madre los Shuar comprenderán fácilmente todo lo que anunciaba. Así emprendió con ellos la aventura de la santidad.

Fatiga y lucha en discernir la vocación

Llegó el momento de tomar la decisión más grande: la vocación de Maria se fue clarificando y ella un día, abiertamente, comunicó esta llamada en primer lugar a su

³¹ Cf PAPA FRANCESCO, *Esortazione apostolica Gaudete et exsultate sulla chiamata alla santità*, n. 4.

³² *Documento conclusivo di Aparecida*, n. 147.

hermana Caterina, diciéndole: «Yo quiero ser religiosa y misionera, pero no se lo digas a nadie...». En otra ocasión, dialogando con el párroco don Bartolo, este le dijo, en el intento de ayudarla a discernir mejor: «Puedes hacer mucho bien también en tu pueblo...». Pero lo peor fue cuando Maria comunicó su elección a sus padres. Su madre, como de costumbre, callaba, mientras que su padre levantó la voz diciendo: «¡Pero... que idea tan extravagante! ¿Quién te ha metido esto en la cabeza?». A pesar de todo, en el corazón de Maria se abrieron nuevos horizontes y su ideal maduró. Dócil al Espíritu Santo hizo lo que el Señor le inspiraba. «El discernimiento nos conduce a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos solo en buenas intenciones»³³.

Cumplidos los 21 años, Maria escribió en secreto una carta a don Miguel Rúa, pidiéndole ser admitida en el Instituto de las HMA como religiosa misionera. Don Rúa, a su vez, remitió la carta a la Superiora general, madre Caterina Daghero, y más adelante, después de otras gestiones para la admisión a la formación inicial, Maria partió para Milán el 15 de octubre. Cuando llegó a Nizza, tuvo dudas. Efectivamente Maria se acusaba en lo íntimo de su ser de haber realizado aquel santo ideal con un poco de soberbia y de presunción. Decía: «He apuntado demasiado alto, y ahora me siento incapaz...». La Madre general un buen día le preguntó: «¿Cómo estás, querida postulante? ¿Cómo vamos?». Maria no supo cómo responder, el nudo que tenía en la garganta se desató en lágrimas. «Ven conmigo -añadió la Madre- pasearemos un poco por la huerta».

Superadas todas las dudas, las superiores la admitieron a la vestición el 12 de agosto de 1906, y luego a la profesión religiosa. ¡El 17 de septiembre de 1908 era Hija de María Auxiliadora!

Las pruebas no faltan, pero la fecundidad está garantizada

En la primera comunidad de Rosignano Monferrato, donde ella era cocinera, su salud se debilitó. La crónica de la casa dice que las hermanas comenzaron una fervorosa novena a San José para que le obtuviera la curación. Sor Maria era acompañada y sostenida por la oración y el afecto de sus hermanas y superiores. De este modo se fortaleció su fidelidad al espíritu salesiano para poder ir con generosidad hacia los demás especialmente los jóvenes.

Más adelante fue transferida a Varazze y a Genova. Enfermó de tifus y pasó a Nizza Monferrato cerca de su ex-maestra de noviciado, sor Rosina Giraldi, que era la Inspectora y que debía admitirla o no a la renovación de los votos. El 19 de septiembre de 1914 sor Maria celebró con gozo la Profesión perpetua y en el 1922 fue elegida para las misiones del Ecuador.

³³ *Gaudete et exsultate* n. 169.

En su camino vocacional sor Maria ha conocido las lágrimas, el miedo, la delusión, los fracasos y al mismo tiempo la confianza, la esperanza, la gratuidad y la fecundidad apostólica.

Por donde ha pasado, se ha revelado como una incomparable intérprete de la bondad de Jesús, signo y expresión de su amor. Era la “*madrecita*” solícita y valiente en ayudar a cualquiera que se encontrase en necesidad. Era médico para los cuerpos y para las almas: mientras curaba, aconsejaba y evangelizaba. Con maternal paciencia trataba de reconciliar los ánimos y orientarlos al bien. En cada actividad, sacrificio o peligro, se sentía sostenida por la presencia materna de María Auxiliadora.

«*Una mirada al Crucifijo me da la vida y el valor para trabajar*»: esta era la certeza de la fe que la sostenía, y que no la dispensaba del sufrimiento, como da a entender también en las cartas que escribe a sus familiares. ¿El secreto de tanta donación? ¡La oración! La oración era la atención a una Presencia que le daba la fuerza para “permanecer en el amor”.

El amor de sor Maria para la población *Shuar* multiplicaba su espíritu de iniciativa, que no se rendía delante de ninguna dificultad. Ella no vaciló en ofrecer su propia vida por la pacificación entre los *Shuar* y los colonos, después de que un incendio intencional, seguido a varios episodios de amenaza, destruyese buena parte de la misión, convirtiendo en humo los sacrificios de muchos años. La oferta fue aceptada. A la distancia de pocas semanas, el 25 de agosto de 1969, mientras dejaba Sucúa para ir a Quito para los ejercicios espirituales, el pequeño avión en el que viajaba, se precipitó en el momento del despegue. ¡La única víctima fue ella! Alrededor del féretro el dolor compartido de los *Shuar* y los colonos, ya reconciliados, la exaltó como ¡*santa!*

Por la creciente fama de santidad de sor Maria, fue introducido el proceso de beatificación y el 24 de noviembre de 2012 fue beatificada a Macas en Ecuador. Una vida que sabe “permanecer” en el amor es rica y fecunda en bendiciones, es un don de esperanza para el mundo.

Bibliografía

- CIEZKOWSKA Sylwia (a cura di), *Lettere di suor Maria Troncatti. FMA Missionaria in Ecuador*, Roma, Istituto FMA 2013.
- GRASSIANO M. Domenica, *Selva, patria del cuore. Suor Maria Troncatti Figlia di Maria Ausiliatrice, missionaria tra i Kivaros*, Roma, Istituto FMA 1971.
- COLLINO Maria, *La grazia di un sì tutto donato. Maria Troncatti missionaria nella foresta amazzonica*, Leumann (Torino), Elle Di Ci 2012.

▶ PASTORAL

El anuncio del *kerygma* en una Iglesia misionera³⁴

Gustavo Cavagnari, SDB

La naturaleza misionera de la Iglesia

LA MISIÓN SALVÍFICA DE DIOS. Fuente, destino, contenido y protagonista de la misión es Dios mismo en la diversidad de las Personas divinas³⁵. «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo» (*Hb* 1,1), invitando al ser humano a participar y a renovar su alianza de amor. Después, Él habló de nuevo a través de la encarnación y entrega pascual de su Hijo Jesús (cfr. *Hb* 1,2), para redimirlo del pecado y sellar con él una alianza definitiva y eterna. Él continúa hoy «hablando» a través de las mociones misteriosas de su Espíritu que mueven a las personas a dar una respuesta de fe y de amor siempre más plena. El designio final de la misión divina es uno: «... que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2,4; cfr. *Jn* 17,3).

En esta hora de la historia de la salvación entra en juego la Iglesia. En efecto, «la misión de Cristo y del Espíritu se convierte en la misión de la Iglesia: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (*Jn* 20,21; cfr. 17,18; *Mt* 28,19-20; *Mc* 16,15; *Lc* 24,4-7; *Hch* 1,3)»³⁶. De este modo, «la misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo» (CIC n° 738) sino que de ella se hace «sacramento»³⁷. Es decir, es *signo*, en cuanto sus miembros dan testimonio de la vida nueva que el Señor les donó lavándolos y renovándolos por medio del Espíritu Santo (cfr. *Tito* 3,5). Y es *instrumento*, en cuanto ofrece a todos el anuncio y los medios de la salvación (cfr. LG n° 11, 14, 42).

³⁴ Ponencia del Seminario sobre Primer Anuncio y Diálogo interreligioso de la Región Mediterránea (Madrid, 12 de octubre de 2024).

³⁵ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Ad gentes*. Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia (7/12/1965 = AG), n° 2.

³⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica* (15/8/1997 = CIC), n° 730; cfr. n° 737.

³⁷ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*. Constitución dogmática sobre la Iglesia (21/11/1964 = LG), n° 48.

LA MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA. Como Cristo fue enviado por el Padre «para anunciar el evangelio», así también la Iglesia fue —y es— enviada por Él para realizar con palabras y obras la «*tradio Evangelii*, es decir, el anuncio y transmisión del evangelio que es “fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (Rm 1,16) y que en última instancia se identifica con el mismo Cristo (cfr. 1Cor 1,24)». La Iglesia quiere «ayudar a todos a encontrar a Cristo en la fe»³⁸. Esta tarea «constituye la misión esencial [...], la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda». Y hoy «los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes» la tarea y la misión de evangelizar³⁹.

El papa actual nos recuerda que evangelizar es «hacer presente en el mundo el reino de Dios»⁴⁰ y «anunciar el evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo» (EG n° 23), «de manera que la fe en Él [en Cristo] se difunda en cada rincón de la tierra» (EG n° 19) y todas las naciones se conviertan en sus discípulos (cfr. Mt 28,19). Y confirma que la Iglesia experimenta hoy «la urgencia, más imperiosa que nunca, de hacer resonar la buena noticia de Jesús» (EG n° 288).

LA IMPORTANCIA PRIMORDIAL DEL TESTIMONIO. *El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión*⁴¹. En la Iglesia, esforzándose por imitar al Maestro, todos pueden y deben dar este testimonio, sea en modo escondido y cotidiano, sea en modo profético y valiente. Incluso en un ambiente hostil o indiferente donde los bautizados «no pueden anunciar a Cristo plenamente» (AG n° 12), el testimonio evangélico es el único modo ordinario de llevar adelante la misión. Otras iniciativas más explícitas pueden conducir a la persecución y a ese «testimonio por excelencia» que es el martirio (cfr. RMi n° 45; EG n° 24).

En teoría se espera que la calidad del testimonio de vida cristiana hable por sí mismo. Pero, de hecho, *muchas personas que entran en contacto con los cristianos no son capaces de penetrar en la novedad que los habita*. A lo sumo ven personas «buenas». Con un poco de humildad hay que reconocer que muchas personas de otras religiones, no creyentes, alejadas e indiferentes, que comparten la vida con los cristianos, o de algún modo se acercan a la Iglesia, no terminan de comprender la «razón» que anima a los bautizados (cfr. 1Pe 3,15). O ni siquiera se lo preguntan.

También es cierto que, en otros casos, a través del testimonio los cristianos pueden ayudar a «plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿por qué son así? ¿por qué viven de esa manera? ¿qué es o quién es el que los inspira? ¿por qué están con nosotros?» (EN n° 21). Si todo va bien, estas preguntas pueden hacer

³⁸ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Missus a Patre ad Evangelium nuntiandum*. Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización (3/12/2007), n° 1-2.

³⁹ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*. Exhortación apostólica acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo (8/12/1975 = EN), n° 14.

⁴⁰ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*. Exhortación apostólica sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual (24/11/2013 = EG), n° 176.

⁴¹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Ad gentes*. Decreto sobre la actividad misionera de la iglesia (7/12/1965 = AG), n° 11. Ver también EN n° 21; JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*. Carta encíclica sobre la permanente validez del mandato misionero (7/12/1990 = RMi), n° 42; FRANCISCO, *La primera forma de evangelización: dar testimonio*. 8ª catequesis sobre la evangelización durante la Audiencia general (22/3/2023).

que estos sujetos se «abran» religiosamente y se hagan receptivos al anuncio de Jesucristo. Pero el proceso no termina aquí.

LA NECESIDAD DE UN ANUNCIO EXPLÍCITO. El testimonio es, sin duda, *proclamación silenciosa* del Señor y de su Buena Nueva. Dicha proclamación es basilar. Pero en sí misma no es suficiente. A la larga, si no es esclarecida, explicitada, justificada, «se revelará impotente» (EN n° 22). Sin el anuncio, la novedad evangélica no queda desvelada y la comunidad cristiana no termina de cumplir la misión para la que ha sido llamada. Las preguntas tienen que ser respondidas, lo que se vislumbra tiene que ser esclarecido, lo que se perfila tiene que ser definido. Por eso, *la Iglesia también anuncia explícitamente el evangelio que es Jesucristo* (cfr. AG n° 6; EN n° 15; RMi n° 3.11; EG n° 15).

El anuncio del kerigma es justamente la luz que desentraña el misterio que habita el testimonio cristiano. «La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida» (EN n° 22). Una clara proclamación de Cristo crucificado, muerto y resucitado «tiene una función central e insustituible» en la evangelización y todas las otras expresiones de la misión «están orientadas hacia esta proclamación» (RMi n° 44; cfr. EG n° 110). «La fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la palabra de Cristo» (Rom 10,17). La Iglesia tiene conciencia de que en su misión no puede prescindir de declarar el Nombre que le ha sido dado (cfr. Hch 4,12; Flp 2,9-11).

LOS DOS PULMONES DE UN ÚNICO PROCESO. Por una parte, una Iglesia que *confiesa*, pero no *anuncia*, seguramente hará el bien, pero posiblemente no crecerá más allá de su «núcleo duro». El Nuevo Testamento confirma que, en los inicios de la Iglesia, la *fecundidad* de las comunidades se evidenciaba por el hecho de que «crecían en número de día en día» (Hch 16,5). El «disparador» de tal crecimiento no era, sin embargo, la convivencia, sino el anuncio. Gracias a su testimonio los cristianos «eran bien vistos de todo el pueblo» (Hch 2,47), pero solo quienes aceptaban la palabra de la predicación eran bautizados y se agregaban a la comunidad de los creyentes (cfr. Hch 2,41). Por otra parte, una Iglesia que *anuncia*, pero no *testimonia*, no es más que «un metal que resuena o un címbalo que aturde» (1Cor 13,1) y, por eso, no atrae ni convoca ni genera conversión. Sin separar ni mucho menos oponer, tenemos que aceptar entonces que, más allá de nuestras buenas intenciones, *si el testimonio tiene una relevancia fundamental, la proclamación es también basilar.*

«No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios. La historia de la Iglesia, a partir del discurso de Pedro en la mañana de Pentecostés, se entremezcla y se confunde con la historia de este anuncio: “... al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías” (Hch 2,36). En cada nueva etapa de la historia humana, la Iglesia, impulsada continuamente por el deseo de evangelizar, no tiene más que una preocupación: ¿a quién enviar para anunciar este misterio? ¿Cómo lograr que resuene y llegue a todos aquellos que lo deben escuchar? Este anuncio adquiere un puesto tan importante en la evangelización que con frecuencia es en realidad sinónimo» (EN n° 22).

En este sentido, resulta insólito que hoy en día muchos creyentes y comunidades cristianas hayan mutilado el dinamismo misionero evangelizador (cfr. EN n° 17; RMi

nº 2; EG nº 176); se hayan autolimitado; hayan desarrollado la dimensión filantrópica de la misión y se hayan volcado, incluso con generosidad, al servicio, pero hayan igualmente cercenado el anuncio del Señor y de su evangelio⁴². En verdad, en un tiempo en que el cristianismo es la religión más perseguida y martirizada, y en que el laicismo extremo ejerce una presión social y mediática descomunal sobre los discípulos de Cristo, confesar y proponer públicamente el nombre de Jesús no es fácil. Pero pareciera como si los cristianos —justificados además por una falsa tolerancia— viviéramos en una tácita autocensura (cfr. RMi nº 8). Es el triste caso de una Iglesia reducida, más o menos conscientemente, a una «organización humanitaria» (EG nº 279).

En virtud del mandato misionero y confiada en la acción preveniente del Espíritu, la Iglesia —y en su interior, todos los bautizados— está llamada a hacer camino junto a los hombres para, de este modo, *testimoniar a Cristo y proponerlo con el anuncio de la fe*, en una experiencia humana compartida. El testimonio tiene la fecundidad que le viene de la acción del Espíritu y de la participación de los discípulos en la vida del Señor (cfr. Jn 15,26-27). Así, en la mayoría de los casos, el testimonio crea las condiciones para el anuncio⁴³. Pero si *la convivencia diaria de los bautizados con los que no tienen fe o viven otra fe es una condición para la evangelización*⁴⁴, en sí misma no es una estrategia evangelizadora. Siendo una oportunidad para que los discípulos puedan irradiar la vida nueva que han recibido de su Señor, no tiene en sí misma la potencia para germinar en los otros el mismo don que se irradia. Para ello es necesario que el «simpatizante» se abra al anuncio y reconozca y acoja la novedad de vida que lo atrae y en el fondo anhela.

Lo sabemos, *el anuncio no pasa de ser un aspecto*. No lo es todo. Al testimonio de vida y al anuncio explícito se suman ya las muchas iniciativas catequísticas y sacramentales, ya las actividades de promoción humana y social que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora (EN nº 24, 31, 40-48; EG nº 176-258). Además, «el anuncio no adquiere toda su dimensión más que cuando es escuchado, aceptado, asimilado y cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión de corazón» (EN nº 23). Aquí inicia el tiempo del acompañamiento, del catecumenado, de la iniciación.

⁴² Cfr. FRANCISCO, *Transformar cada circunstancia en una buena ocasión para el anuncio*. Carta al pueblo de Dios que peregrina en Alemania (29/6/2019), nº 7.

⁴³ Ordinariamente, *el anuncio no puede contemplarse como una actividad aislada*. Para que el anuncio sea significativo necesita insertarse en el itinerario espiritual de conversión que sigue una persona y se ha de apoyar en un proceso pedagógico-pastoral que los cristianos han de saber desplegar en la convivencia que mantienen con sus congéneres. A través de su presencia encarnada, su testimonio evangélico, su diálogo acogedor y su anuncio significativo, los cristianos acompañan el proceso espiritual que el Espíritu va alentando en los no creyentes o en los creyentes débiles, y van ajustando su intervención evangelizadora hasta, confiados en la gracia, proponer la buena noticia de Jesucristo.

⁴⁴ Antiguamente se llamaba «pre-evangelización». Cfr. EN nº 51; PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la catequesis* (23/3/2020 = DC), nº 67.

La dimensión kerigmática de la vida y de la misión

LOS LLAMAMIENTOS DE LOS ÚLTIMOS PAPAS. Después del último concilio, los diversos pontífices, cada uno con su acento particular, han tratado de dar impulso a la misión evangelizadora de la Iglesia: Pablo VI mediante la exhortación apostólica postsonidal *Evangelii nuntiandi*; Juan Pablo II insistiendo en la «nueva evangelización» y publicando *Redemptoris missio*⁴⁵; Benedicto XVI con la institución del Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización⁴⁶ y la convocación el décimo tercer Sínodo ordinario de los obispos sobre «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana» del 2012; Francisco redactando *Evangelii gaudium*. Detengámonos en esta última.

LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO. El texto, aun teniendo «un sentido programático y consecuencias importantes» (EG n° 25), no pretende ser un tratado de la teología de la evangelización. Su intención es «perfilar un determinado estilo evangelizador que invito –dice su autor– a asumir en cualquier actividad que se realice» (EG n° 18). Este *estilo* está caracterizado por algunos rasgos. Tal vez el más conocido sea su *dinamismo centrífugo*, para dejar la autorreferencialidad, atreverse a salir de sí y llegar tanto a los que están próximos como a los que están lejos, habitando esas periferias que necesitan la luz del evangelio (cfr. EG n° 20, 24, 27, 30, 46, 129, 179, 261). Otro es su *tono jubiloso*, fruto de una alegría virtuosa experimentada, renovada y comunicada (cfr. EG n° 11-13, 21, 30, 83-84, 109). Otro aspecto es su *cariz espiritual*: la evangelización está enraizada en la gracia divina y en una vida espiritual auténtica, fuerte, mística, profunda (cfr. EG n° 78-80, 93-97, 124, 259-283). Si así no fuese, la evangelización se mundanizaría, perdería el dinamismo de la fe, se llevaría adelante sin fervor, se traduciría en un exceso de actividad aparentemente normal, pero en realidad desmotivada, desgastada, decaída (cfr. EG n° 83). Podrían enumerarse otros. Quisiera detenerme ahora en otro aspecto: su *dimensión kerigmática*.

UNA EVANGELIZACIÓN TODA ELLA KERIGMÁTICA. Ya hemos afirmado que la Iglesia es una comunidad de discípulos enviada a generar discípulos. Ahora bien, si el discipulado nace a partir del encuentro con Cristo, Él es el centro al cual es preciso volver una y otra vez para sanar, reverdecer, dinamizar nuestra vida creyente a nivel personal y comunitario. Es precisamente por la necesidad de *renovar el encuentro con Cristo* que el papa Francisco recuerda la necesidad de «volver a escuchar [el kerygma] de diversas maneras» y, por tanto, el deber de «volver a anunciar[lo] de una forma o de otra» (EG n° 164); así, gracias al Espíritu, se podrá recordar⁴⁷, revivir, experimentar en modo renovado el amor salvífico del Padre manifestado en su Hijo muerto y resucitado.

⁴⁵ El papa polaco quiso invitar a la Iglesia a un renovado compromiso misionero «a los veinticinco años de la clausura del Concilio y de la publicación del Decreto sobre la actividad misionera *Ad gentes* y a los quince de la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* del papa Pablo VI» (n. 2).

⁴⁶ Cfr. BENEDICTO XVI, *Ubicumque et semper*. Carta apostólica en forma de «motu proprio» con la cual se instituye el Pontificio consejo para la promoción de la nueva evangelización (21/9/2010).

⁴⁷ «Recordar» en sentido etimológico, del lat. *re*, «de nuevo», y *cor*, *cordis*, «corazón»; un «traer de

Esto es fundamental para entender que la *dimensión kerigmática de la evangelización no se puede circunscribir al llamado «primer anuncio»*. Nuestras vidas, nuestras obras, nuestros procesos tienen que ser siempre kerigmáticos, es decir, anunciadores, proclamadores, pregoneros. El kerigma debe latir en todas las actividades que la Iglesia lleva adelante. El anuncio del kerigma, de un modo u otro, debe estar presente en toda actividad eclesial, pues tiene la virtualidad de proponer el acontecimiento cristiano a la fe o de actualizarlo. Esto por dos motivos. 1) *La fe no puede darse por supuesta, puede estar ausente, ser débil, perderse.* 2) *La conversión al evangelio no puede darse por supuesta.* Intención del anuncio es que el creyente se mantenga en un estado permanente de conversión. La inserción del anuncio al interior de las múltiples acciones evangelizadoras otorga a estas la capacidad de facilitar la acogida –inicial o permanente– de la gracia del evangelio, para que conquiste los espacios de incredulidad y realice su obra salvadora, o reavive el amor por Jesucristo y le permita al creyente llegar «a la medida de Cristo en su plenitud» (Ef 4, 3).

Tal vez por eso en *Evangelii gaudium* el papa habla muchísimo más de *evangelizadores que anuncian* que de evangelizadores que ofrecen el «primer anuncio». En verdad, el primer anuncio es sustancialmente anuncio del kerigma. Sin embargo, el anuncio del kerigma no puede reducirse al primer anuncio. Que sea el primero, el segundo o el tercer anuncio es una cuestión de colocación temporal; que sea el «anuncio principal» indica en cambio que es sustancial e irreemplazable⁴⁸. Como consecuencia, la *conversión misionera de la pastoral* no puede ser más que una *conversión kerigmática*, es decir, capaz de anunciar y de favorecer el encuentro con Jesucristo, vinculándola «más estrechamente con el anuncio actual del evangelio» (DC n° 2).

El «primer» anuncio

En este momento es preciso, primero, saber qué se entiende por primer anuncio; segundo, conocer cuál es su contenido; por último, discernir los diversos usos que se le otorga en la pastoral de la Iglesia.

vuelta al corazón» que, si bien una vez fue considerado como sede de la memoria, bien podría considerarse sede de los afectos. En esta línea va lo que el papa llama la «memoria deuteronomica», o sea, la «memoria de las raíces», de lo que Dios ha hecho en mi vida, y sin la cual perdemos las raíces, pero también los brotes. FRANCISCO, *El futuro de la vida consagrada*: Discurso a los participantes en la plenaria de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (11/12/2021).

⁴⁸ En este sentido, la catequesis y toda formación cristiana son –deben ser– kerigmáticas porque son «ante todo la profundización del kerygma que se va haciendo carne cada vez más y mejor» (EG n° 165). En la liturgia, la homilía es –debe ser– kerigmática si el predicador tiene «la seguridad de que Dios lo ama, de que Jesucristo lo ha salvado, de que su amor tiene siempre la última palabra» (EG n° 151) y, por eso, lo puede narrar con sus palabras y con sus gestos. La promoción humana y social es –debe ser– kerigmática si queda en claro que el compromiso que se asume confiesa aquello que el propio anuncio declara (cf. EG n° 178).

1. Qué es

LA DEFINICIÓN. Con la expresión «primer anuncio» se designa una acción eclesial, espontánea u organizada, llevada a cabo por individuos o por equipos, que tiene como objetivo proponer el mensaje nuclear del evangelio, sea a quienes no conocen a Jesucristo, con la intención de suscitar en ellos un interés que pueda llevarlos a una primera adhesión a Él; sea a quienes, habiendo conocido a Jesucristo, se alejaron de Él, con el fin de acercarlos de nuevo⁴⁹; sea a quienes, aun creyendo en Él, viven una fe cristiana rutinaria, para revitalizar su fe en el Señor. A este último algunos autores prefieren llamarlo «segundo anuncio»⁵⁰.

2.Cuál es su contenido

LA MATERIA. El anuncio señala y hace presente aquello que es *el núcleo fundamental del evangelio*. Sin embargo, tenemos que aclarar y hacer un esfuerzo por no reducirlo a una mera fórmula.

De hecho, para acceder al contenido esencial del kerigma, habría que hacer un estudio completo del conjunto de los libros del Nuevo Testamento. Pero, una vez más, descubriríamos que no existe ningún escrito en el que podamos encontrar el kerigma en estado puro. La formulación no es la misma según:

- los destinatarios, tanto que se dirija a los judíos (cfr. Hch 2,14-39; 3,12-26; 4,9-12; 5,29-32; 13,16-41) como a los paganos (cfr. Hch 10,34-43; 14,15-17; 17,22-31; 1Cor 15, 1-45; 1Ts 1, 10); o
- su género: hay fórmulas narrativas (cfr. Hch 2,1-41; 10,34-43; 13,16-41); breves (cfr. 1Cor 11,23-25; 15,3-8; Rm 1,1-7; 3,25; 4,25; 1Ts 1,10; 1Pe 2,22-24); de fe (cfr. Hch 8,37; 1Ts 4,14; 1Cor 12,3; 8,4-6; 16,22; Rm 10,9; 1Jn 2,22; 4,15; Hb 13,21; 2Pe 3,18; Ef 4,4-5) e himnicas (cfr. Flp 2,6-11; Col 1,15-20; Jn 1,1-18; más breves: 1Tm 3,16; Hb 1,3; 1Pe 1,18; 3,18.22).

Ciertamente, *en el cristianismo de los orígenes se encuentra un núcleo esencial que llamamos kerigma*, fundamento del edificio de la fe y el motivo último por el cual ser creyentes. Pero ese cimiento no revela su potencia sin la *didaché* (enseñanza o catequesis), que desarrolla el kerigma explicando qué es ser y cómo ser cristiano⁵¹.

⁴⁹ Cfr. X. MORLANS, *El primer anuncio. El eslabón perdido*, Boadilla del Monte, PPC, 2009, 183. Mi presentación se basa en este texto.

⁵⁰ Cfr. E. BIEMMI, *Il secondo annuncio. La grazia di ricominciare*, Bologna, EDB, 2011.

⁵¹ Cfr. C. BISSOLI, «“Primer anuncio” en la comunidad cristiana de los orígenes», en EQUIPO EUROPEO DE CATEQUESIS (ed.), *La conversión misionera de la catequesis. Relación entre fe y primer anuncio en Europa*, Madrid, PPC, 2009, 65-82: 79.

3. Cuál es la manera de proponerlo

EL MODO. De cuanto hemos dicho se deduce que la preocupación no debe recaer tanto sobre el contenido del anuncio cuanto sobre el modo humano de presentarlo y proponerlo. En efecto, *el anuncio, más que con el contenido, está relacionado con las formas de comunicación*, que deberían –siempre y en todo caso a partir de una *apertura positiva* de los destinatarios– atraer la *atención* de quienes escuchan, suscitar un *interés* inicial por Jesús, disponerlos a un primer *asentimiento* de fe y llevarlos eventualmente a una *decisión* concreta. Solo en este caso se podrá invitar a participar en un itinerario de iniciación cristiana.

LOS INCONVENIENTES. Cuando hablamos de «primer anuncio» no hablamos de suministrar una información aséptica sobre Cristo o una explicación fundamentada o un razonamiento teológico o una serie de argumentos filosóficos. El anuncio nunca es mera noticia, no documenta algo que ocurrió, ni se desarrolla según una lógica argumental. Hay que evitar, pues, ciertos riesgos que se dan en la pastoral del primer anuncio.

- El anuncio del kerigma, hemos dicho, *no puede ser reducido a una mera repetición de una fórmula acrisolada y formal* con la idea de que su misma formulación tiene un poder cuasi mágico.
- *Tampoco puede confundirse con relatar, al modo de una novela, la vida de Jesús*, esperando suscitar la admiración y la consiguiente emulación moral.
- *Mucho menos puede pensarse que consiste en divulgar los datos* que procuran los métodos histórico-críticos, como si el conocimiento o la curiosidad satisfecha sobre Jesucristo moviera a alguien a convertirse a Él.
- *De ningún modo puede suponerse que el anuncio pueda ser un proceso argumental* por el que se dilucida la identidad de Jesucristo y se hace apología de la fe.

LAS CARACTERÍSTICAS. *Se trata más bien de una breve intervención oral*, que no presupone una convicción cristiana en el interlocutor y que normalmente, antes de presentar el núcleo de la fe cristiana, busca despertar el significado profundo de una experiencia humana para entrar en diálogo con ella, con *empatía*, pero sobre todo de manera *interpelante*, para provocar una *reacción*⁵².

⁵² Aunque no mencione el «primer anuncio», el Sínodo del 2018 habla de esas experiencias de diálogo con los jóvenes, en las que la hospitalidad y la escucha hecha con empatía crean las condiciones «para un anuncio del evangelio que llegue verdaderamente al corazón, de modo incisivo y fecundo»: SÍNODO DE LOS OBISPOS - XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Documento final (28/10/2018), n° 8. Como aclara este número, esto va precisamente contra las «respuestas preconfeccionadas».

El primer anuncio simplemente narra una historia de manera coloquial, comparte una experiencia, ofrece una interpretación personal de la fe compartida por una comunidad, hace una propuesta, invita a acercarse con confianza al Señor.

Entendamos este proceso. A medida que una persona toma conciencia de su propia existencia, se activa en ella la búsqueda de sentido. Pero, en esta búsqueda, se confronta con sus paradojas, es desafiada por las circunstancias, es movilizada por sus interrogantes y deseos, se siente condicionada por el contexto que la envuelve. En esta marea un poco caótica descubre entonces que es incapaz por sí misma de encontrar una respuesta satisfactoria y experimenta la crisis de tener que confrontarse con lo irresoluble. Come el misterio de la vida está entretejido con el Misterio, esta situación puede ser el primer paso hacia la apertura religiosa. En este punto, el sujeto toma conciencia —y en cierto modo, acepta— que su persona y su vida están en las manos de «Alguien». Es aquí donde se hace importante la mediación dialógica del cristiano. Narrando su experiencia, el creyente manifiesta que el sentido de su existencia no se funda en una decisión ética o en una gran idea, sino que brota del encuentro «con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»⁵³.

Llegados a este punto, es el momento de ofrecer al Señor a modo de propuesta, haciendo la invitación a entrar en relación con Él⁵⁴.

De aquí surgen dos consideraciones:

1) *El anuncio del kerigma no es algo estereotipado.* Hay tantos primeros anuncios como interlocutores. Si bien siempre se anuncia el acontecimiento salvador de Jesucristo, este ha de ser comprensible para aquellos a quienes se les propone. Para lograr este objetivo, el anuncio ha de ser puesto en relación con las experiencias de vida y ha de sacar a la luz las mociones espirituales que laten en lo más profundo de sus corazones. Aquí se da un *ejercicio de discernimiento* por el que el creyente sabe descubrir y descifrar en la vida de su amigo, compañero, familiar... tanto las experiencias que pueden ser significativas para el anuncio cuanto las mociones del Espíritu que facilitan su recepción.

Poco importan la situación existencial o la condición moral o el grado de apertura religiosa o de fe que presenten los interlocutores; ninguna es impedimento para que el evangelio sea proclamado y propuesto. No obstante, *será necesario adaptar el anuncio a esas circunstancias y respetar algunas condiciones* (cfr. EG n° 128, 165)⁵⁵.

2) *El anuncio, si se hace, no tiene que ser aguado.* La cultura de hoy está marcada por la indiferencia o incluso el rechazo a Dios. Este elemento no es indiferente para la

⁵³ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*. Carta encíclica sobre el amor cristiano (25/12/2005), n° 1. Citado en EG n° 7.

⁵⁴ *El anuncio puede ser acogido o no.* Si no se acoge, el cristiano tendrá que esperar a otra ocasión para volverlo a proponer. Pero si el no creyente acepta la propuesta cristiana, entonces la apertura religiosa que ha ido madurando a lo largo del proceso la cumplirá en una fe primera o conversión inicial.

⁵⁵ Personalmente no excluyo *a priori* las predicaciones hechas al estilo «evangélico». Sin embargo, normalmente el anuncio «adhiera» mejor en el contexto de un diálogo en el que la propuesta de Jesús como Salvador conecta con alguna experiencia antropológica fundamental.

propuesta del evangelio; al contrario, determina la comprensión y el verdadero valor de lo que el anuncio propone. No se puede ignorar esta dificultad y menos *tratar de evitarla poniendo el acento en algún punto secundario o «bonito» del anuncio cristiano*. Si alguien decide seguir al Señor, aunque sea en modo incipiente, es para ser su discípulo, no su fan. El discipulado va más allá de la admiración por el compromiso caritativo de Jesús con los pobres y necesitados, o la afinidad con los ideales de justicia, igualdad y fraternidad que Él representa. Seguir al Señor afecta al mismo corazón de la existencia. *Encuentro, conversión inicial y discipulado van de la mano*.

Como se ve, *inherente al primer anuncio es la llamada al cambio de vida: «convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1,15) o, lo que es lo mismo, «cambiad vuestra manera de pensar y de vivir, aceptad la buena noticia»*. Evidentemente, aquí todo está despuntando. Pero, precisamente, solo porque está en germen podrá luego desarrollarse y llegar a la madurez con la conveniente atención de una catequesis iniciática. Es preciso reconocer que hoy en la conciencia eclesial la llamada a la conversión está, cuanto menos, debilitada. La difusión de la mentalidad relativista y una falsa concepción de tolerancia han llevado a muchos cristianos a concebir que la llamada a la conversión es una injerencia en la libertad de aquellos con los que conviven.

4. Cuáles son las modalidades

LOS TIPOS. Hay tres modos posibles para proponer el primer anuncio: *interpersonal, grupal o a través de los medios de comunicación*.

1. El diálogo «cara a cara» está prefigurado en esos diálogos de Jesús con algunos individuos que nos permiten perfilar de forma espontánea los contornos de la propuesta (cfr. Lc 18,18-27; 10;25-37; Jn 3,1-21; 4,4-26).

Es la forma más común y ordinaria, aunque no esté exenta de conflictos, ya que se presta a acentuaciones o reduccionismos vinculados a perspectivas individuales.

2. El anuncio dirigido a los grupos –tanto en reuniones específicas, como en ocasiones puntuales, e incluso en eventos regulares– parece favorecer una presentación un poco más organizada de los puntos fundamentales del anuncio. Sin embargo, *su desarrollo en un ambiente grupal no debe hacerle perder su tono dialógico y experiencial*.

3. Los medios de comunicación también ofrecen diversas posibilidades para el primer anuncio, aunque –hay que aclarar– el anuncio es un «género propio» que no se puede confundir con lo devocional, lo institucional o lo meramente informativo.

5. Algunos subrayados

En el anuncio cristiano no puede faltar la referencia a la memoria del Jesús histórico que enmarca y revela el sentido del acontecimiento pascual. Esta referencia al camino terreno de Jesús, recorrido en su propia humanidad y en relación con la humanidad de los otros, es lo que facilitará ponerla en correspondencia con las experiencias vitales de los oyentes de la predicación. Jesús no es una ficción.

Sin embargo, no basta la simple información sobre este personaje del pasado, de sus ideales y de su alta vida moral. *Es preciso el encuentro personal con Él para convertirse y creer.* Si Jesús anduvo por los caminos de Galilea y murió en Jerusalén al inicio de nuestra era, Él también resucitó y está entre nosotros como nuestro contemporáneo. Por eso, la aportación específica y fundamental que la Iglesia puede hacer hoy a nuestras sociedades se centra en una realidad tan sencilla y decisiva como ésta: que Él está vivo y que es Él quien nos ha dado la vida. *Él es el Señor de la historia y de nuestras historias.*

«Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque “nadie queda excluido de la alegría reportada (sic) por el Señor”» (EG n° 3).

Anuncio y dialogo interreligioso: dos pinceladas

Hoy muchos se preguntan si el anuncio de Jesucristo, como parte de la misión evangelizadora de la Iglesia, es todavía urgente, o incluso legítimo. Esta bastante difundida la idea que basta vivir la propia fe y dejar que los otros vivan con la suya, sin necesidad de favorecer la conversión a Cristo y a la fe católica. En definitiva, si todas las religiones llevan a Dios, que cada uno sea fiel a su fe y que todos podamos trabajar juntos por la justicia, la libertad, la paz y la solidaridad⁵⁶. La postura no es nueva. Años atrás, Juan Pablo II se preguntaba:

«¿Es válida aún la misión entre los no cristianos? ¿No ha sido sustituida quizás por el diálogo interreligioso? ¿No es un objetivo suficiente la promoción humana? El respeto de la conciencia y de la libertad ¿no excluye toda propuesta de conversión? ¿No puede uno salvarse en cualquier religión? ¿Para qué, entonces, la misión?» (RMi n° 4).

Una respuesta articulada, evidentemente, no es posible aquí⁵⁷. Ni siquiera lo intento. De forma sumamente concisa, solo expreso dos cosas.

1) *El diálogo interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Es*

⁵⁶ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Missus a Patre ad Evangelium nuntiandum*, n° 3.

⁵⁷ Aunque ya tenga sus años, se podría ver, por ejemplo: PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO - CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Diálogo y anuncio: Reflexiones y orientaciones sobre el diálogo interreligioso y el anuncio del evangelio* (19/5/1991).

un modo y un medio para el conocimiento y el enriquecimiento recíproco entre diversas confesiones o tradiciones religiosas. *Pero, en sí mismo, no excluye el anuncio que, precisamente, está destinado a las personas que no conocen a Cristo y su evangelio y que, en su gran mayoría, pertenecen a otras religiones. La Iglesia no ve una contradicción entre el anuncio de Cristo y el diálogo interreligioso; sin embargo, siente la necesidad de compaginarlos en el ámbito de su misión. «Conviene que estos dos elementos mantengan su vinculación íntima y, al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser confundidos, ni instrumentalizados, ni tampoco considerados equivalentes, como si fueran intercambiables» (RMi n° 55).*

2) El diálogo interreligioso supone que el interlocutor cristiano, aunque esté abierto para comprender las del otro, sea coherente con sus propias convicciones y tradiciones religiosas; sin cerrarse, pero tampoco sin disimular.

«No debe darse ningún tipo de abdicación ni de irenismo, sino el testimonio recíproco para un progreso común en el camino de búsqueda y experiencia religiosa y, al mismo tiempo, para superar prejuicios, intolerancias y malentendidos. El diálogo tiende a la purificación y conversión interior que, si se alcanza con docilidad al Espíritu, será espiritualmente fructífero» (RMi n° 56).

Para profundizar

- BISSOLI Cesare, «“Primer anuncio” en la comunidad cristiana de los orígenes», en EQUIPO EUROPEO DE CATEQUESIS (ed.), *La conversión misionera de la catequesis. Relación entre fe y primer anuncio en Europa*, Madrid, PPC, 2009, 65-82.
- CARVAJAL BLANCO Juan Carlos, *Pastoral del primer anuncio*, Madrid, Ediciones Universidad San Damaso, 2022. MORLANS Xavier, *El primer anuncio. El eslabón perdido*, Boadilla del Monte, PPC, 2009.
- *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*. Reformado según los decretos del Concilio Vaticano II y promulgado por mandato de Pablo VI. Traducción castellana aprobada por la Conferencia Episcopal Española y confirmada por la Sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino, Madrid, Libros litúrgicos, 2023.

JUBILEO

La esperanza no defrauda

Año Jubilar 2025

Javier Oñate

Al cumplirse los primeros veinticinco años del siglo XXI el papa Francisco ha convocado la celebración de un año «jubilar» que nos ayude a reavivar una esperanza que colme los corazones: «la esperanza que no defrauda» (Rom 5, 5). Quizá vengan a nuestra memoria los dos últimos «jubileos» celebrados: aquel que celebró los dos mil años del nacimiento de Jesús (año 2000), y el jubileo del encuentro con el rostro misericordioso de Dios (año 2015).

Cuando en febrero de 2022, bajo el lema «peregrinos de la esperanza», el papa puso en marcha la preparación de este año jubilar 2025, no solo propuso aquello que tras dos años de pandemia COVID entendió como globalmente más necesario, sino que fue más allá al intuir que el desánimo, la decepción y el miedo no iban a superarse fácilmente, sino que incluso iban a aumentar debido a graves causas como las guerras, la urgencia climática, la desigualdad creciente.

En la convocatoria del año jubilar 2025 Francisco describe así el momento que está viviendo la humanidad:

«Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran al futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad».

Signos de esperanza

Pero Francisco no quiere que nos conformemos con un «esto es lo que hay», al contrario, nos invita a «poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no

caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia». ¿Cuáles podrían ser esos signos de esperanza? Recojo cinco de los que la convocatoria jubilar se hace eco:

1. El intenso deseo de paz para el mundo. ¿Es demasiado soñar que las armas callen y dejen de causar destrucción y muerte? Dejemos que el Jubileo nos recuerde que los que «trabajan por la paz podrán ser llamados hijos de Dios» (Mt 5, 9). La exigencia de paz nos interpela a todos y urge que se lleven a cabo proyectos concretos.
2. Tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás. Pero ¿no estamos perdiendo el deseo de transmitir la vida? Ante la disminución de la natalidad, y reivindicando el imprescindible compromiso legislativo de los estados que le haga frente, ¿no es necesario un apoyo convencido de las comunidades cristianas y la comunidad civil al deseo de engendrar nuevos hijos e hijas como fruto de la fecundidad de su amor y motivo de alegría y esperanza para todos?
3. La reclamación de la abolición de la pena de muerte, inadmisibles para la fe cristiana porque aniquila toda esperanza de perdón y de renovación. A ello se une la petición de condiciones dignas de vida para las personas presas mediante el respeto de sus derechos humanos, que se corresponde con su compromiso concreto de reinserción en la comunidad. Esta clemencia acompaña desde muy antiguo a los «años de gracia del Señor».
4. El acompañamiento de los enfermos procurando su alivio mediante la visita y el afecto. El cuidado atento y competente de los agentes sanitarios es muy valorado y despierta la gratitud y la esperanza. Un servicio inclusivo a los limitados en su autonomía personal por patologías o discapacidades es un himno a su dignidad humana y un canto de esperanza.
5. La generosidad de los acomodados cuando reconocen el rostro de los pobres. Frente a la tentación de acostumbrarnos a la falta de alimento, agua, vivienda, protección social y atención sanitaria que sufre la mayor parte de la humanidad, la conciencia ética y cristiana nos empuja a denunciar el despilfarro de tantos bienes materiales, el uso desproporcionado de los recursos naturales y el gasto en armamento y a comprometernos en una vida más sobria y solidaria que sea signo de esperanza.

Dos imágenes para la esperanza: ancla y peregrinación

Claro que habrá quienes interpreten la llamada jubilar a descubrir y a comprometerse con los *signos de esperanza* como una invitación ingenua y poco realista. Ciertamente hemos de admitir que la historia de la humanidad, de sus motivaciones y realizaciones, es ambigua, entretejida de avances y retrocesos, pero es ahí, justamente, donde Francisco confiesa que «la esperanza no es un cálculo, ni es autosuficiencia, sino una confianza sostenida en Dios que no defrauda». Este es el

motivo por el que la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos a Jesús como nuestra esperanza (1 Tim 1, 1).

Para referirse a esta esperanza así entendida, la convocatoria jubilar de Francisco utiliza dos sugerentes imágenes: el ancla (Heb 6, 18-20), y la peregrinación. El ancla sugiere la estabilidad y la certeza que adquirimos al confiarnos al Señor Jesús, aun en medio de las agitadas aguas de la vida. Anclados en la esperanza las tempestades, el pecado, el miedo y la muerte, nunca podrán vencer. La peregrinación es ponerse en camino, un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. Peregrinar puede favorecer mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo y de lo esencial. La vida cristiana es un camino que necesita momentos fuertes para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús.

Unas palabras del papa pueden animarnos para adentrarnos en el Adviento, tiempo de esperanza, y a disponernos vivir el año jubilar 2025 como auténtico año de gracia:

«Todos necesitamos recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocrementemente, amoldándose al momento presente y dejándose satisfacer solamente por realidades materiales. Eso nos encierra en el individualismo y corroe la esperanza».

Los valores de los mayores en la vida religiosa⁵⁸

Ramón Fresneda del Pino, SJ⁵⁹

Como delegado del Padre Provincial para la atención a los jesuitas mayores de 75 años y con vistas a la preparación para el tiempo de su jubilación, el objetivo fundamental que se me ha asignado consiste en entrevistarme con cada uno de ellos al menos una vez al año. El contenido del diálogo aborda varios aspectos: salud corporal y espiritual, evaluación de la misión, vida comunitaria, familia, descanso, etc.

El guion resultante al final de la conversación suele ser la confluencia de tres relatos: la historia que el protagonista se ha contado a sí mismo y la expone de manera más o menos organizada, la historia que el Señor ha ido elaborando a través de los años de su vida y la dice con emoción y respeto, y la historia que se va formando en el que la escucha, adobada con los juicios y prejuicios que se ha ido formando durante el parlamento del hablante.

La sesión concluye con un comentario del delegado sobre algunos puntos de los temas compartidos.

Destacamos estos ocho ítems fijándonos en los valores resultantes de la conversación mantenida.

Agradecimiento

En todas las entrevistas, salvo raras excepciones, el agradecimiento se expresa en episodios de sesión continua; es decir, en una especie de repetida estrofa que

⁵⁸ Artículo publicado en la revista "Sal Terrae", núm. 110 (2022), págs. 897-909.

⁵⁹ Delegado para Tercera Edad y su Preparación de la Provincia de España de la Compañía de Jesús.

impregna los ámbitos donde se ha desarrollado la vida del religioso hasta ese momento.

Llama la atención la importancia de la familia: se habla del padre y, sobre todo, de la madre, que marca de manera definitiva la religiosidad de la persona. Una religiosidad que ha apuntado desde el comienzo a la centralidad del lugar de Dios en todos los órdenes de la vida. La imagen de Dios es la de un Ser indiscutible que está por encima de todo, que lo llena todo, que lo organiza todo, que requiere la atención de la persona, que puede llegar a pedir el “sacrificio” de abandonarlo todo, incluida la familia, con tal de ser consecuente a la llamada que muchas veces viene mediada por un sacerdote o una institución religiosa.

Se destaca, también, el agradecimiento a la congregación religiosa: lo primero que se expresa es la desproporción: se ha recibido, de manera gratuita, un cúmulo de gracias y favores totalmente inmerecidos. Un catalizador, también, del agradecimiento suele ser la impronta que aporta el carisma de la institución: la formación espiritual, académica, social, pastoral, misional... y el número ingente de oportunidades regaladas para ir creciendo en todas las dimensiones de la persona.

Agradecimiento por los lugares donde ha transcurrido la formación y el tiempo vivido después de la plena incorporación. El recuerdo de los “sitios” es un recuerdo corporativo: los que hicieron el noviciado aquí o allí, los que ejercieron como profesores en tal colegio, los que fueron destinados desde el comienzo de su vida religiosa a las misiones...

Y no podía faltar el agradecimiento a personas significativas con las que se ha convivido. Personas cuya influencia ha marcado un antes y un después en la vida del religioso, personas con las que ha congeniado o no, personas que han contribuido a crear situaciones imborrables, bien haya sido por su profundidad espiritual o simplemente por su simpatía, ocurrencias o buen humor.

El agradecimiento tiene en las personas mayores un punto de nostalgia y emoción al mismo tiempo, que se puede formular de esta manera: “¿Qué hubiera sido de mí sin la ayuda, la presencia y el empeño del Señor en conquistar mi vida!”.

En cualquier caso, todos se consideran seres afortunados.

Ternura

La ternura se capta más con el corazón que con la mente. Ello supone que hay una predisposición por parte del que escucha a aguzar la sensibilidad ante un hecho o un comentario que derriba las barreras del cálculo e interrumpe el hilo del discurso llevando a un sentimiento de sorpresa, agrado y complicidad.

Un día -hace algo más de un año- hablando con un compañero, que sobrepasaba con creces los noventa años, le pregunté si recibía muchas visitas. La respuesta fue, como mínimo, sorprendente: “Últimamente muy pocas, la de mi madre y solo de vez en cuando”. Esta afirmación tan irracional y fuera de toda lógica, me enseña, nos enseña,

que la mente y el corazón de muchos ancianos se rige por unos afectos tan arraigados que presagian un encuentro casi habitual y definitivo con la persona o las personas que se ama.

Si se nos permite trascender este ejemplo y sin ánimo de retorcer excesivamente el fondo del impacto, podríamos decir que algo o mucho nos dice de la relación diaria que una persona mayor puede tener con el Señor. Es como una especie de segunda naturaleza que ha llegado a tornarse atemporal y ha cuajado en un mundo no necesariamente imaginario.

Otro ejemplo del que estoy seguro de que todos hemos sido espectadores tiene que ver con la forma como tratan nuestros compañeros mayores a los novicios y, en general, a los que comienzan la misma aventura. Nos recuerda a los abuelos con los nietos: el encuentro suscita y resucita los sentimientos de aquellos primeros años de vida religiosa en los que la generosidad y la entrega estaban recién estrenadas y nada hacía presagiar que llegarían tiempos que ensombrecerían el ánimo y el ímpetu con que se vivía ilusionadamente.

Se podría decir que la ternura es el resultado de cuadrar una proporción: mientras se es joven se espera que el resultado final se ajuste a lo que se ha invertido. La vida, en cambio, nos va enseñando que lo más importante y significativo no es lo que hacemos con nuestros esfuerzos sino lo que el Señor va llevando a cabo con su gracia. Los que han llegado a esta conclusión nos abren los ojos y nos ayudan a colocar las cosas en su sitio: hay una desproporción entre lo que damos y lo que recibimos. Quizá pueda esta afirmación ser considerada como un *espóiler* para los que todavía han vivido pocos años, pero tómese como un signo de ternura que sirve para neutralizar y relativizar esos anhelos de “realización” personal y sueños de grandeza. Como repite constantemente Qohelet: cuidado no sea que nos guíemos por la vanidad y todo quede en atrapar vientos. La verdadera proporción consiste, pues, en aceptar gustosamente la asimetría: calcular sabiamente la distancia que existe entre Dios y el ser humano. Y colocar en ese espacio la sonrisa bondadosa que nos ha trasmitido la mirada comprensiva del Señor.

Aceptación

Se ha convertido ya en lugar común pedir al Señor que ilumine nuestro discernimiento para saber qué es lo que debo aceptar y qué es aquello en lo que todavía tengo que crecer o mejorar. Esta cuestión nos acompaña toda la vida, pero hay personas que con su ejemplo y madurez nos hacen ver que algunas batallas se pueden ganar todavía.

Me llamó la atención el comentario que me hizo –confidencialmente– un compañero no muy mayor: “Convéznase, Padre, de que somos unos burgueses llenos de buenas intenciones”. La frase así, tan directa, resulta un poco molesta y agresiva por lo que tiene de acusadora, por un lado, y de culpabilizadora, por otro. Y es que la aceptación puede crear escuela porque las expresiones libres de un tercero pueden iniciar el camino de la propia aceptación. Pero, como todo lo importante en la vida, no se

consigue de la noche a la mañana. En el recorrido nos podemos encontrar con personas que han cristalizado en víctimas, otras en contestarias profesionales, otras en gloriosas, o como se dice vulgarmente, “encantadas de conocerse”. Las hay también sumisas, escrupulosas, belicosas, obsequiosas, manipuladoras, intrigantes, y un largo etcétera que todos conocemos o imaginamos.

Nos gustaría que el anterior ensayo de tipologías fuera transitorio, y, de hecho, en muchos casos comprobamos que así ha sido. Cuando se llega a la vejez puede uno caer en la cuenta de qué es lo importante y qué lo secundario. La palabra que resume la nueva situación es *liberación*, que es la suma de un conjunto de componentes que se manifiestan como desinhibición, espontaneidad, humildad, sin miedo a hacer el ridículo o a ser “cazado” en la progresiva pérdida de la memoria.

La aceptación discurre por dos márgenes: uno más sencillo y material que es fácilmente reconocible y otro más hondo y espiritual que, habitando en el reducto del alma, se da a conocer en la intimidad de la conversación y en las situaciones límite.

Mucho se ha hablado de que con la edad se van reforzando los defectos y exacerbando las manías. Sin negar este principio, también se puede decir que hay muchos ancianos que, siendo conscientes de esas limitaciones, las aceptan con buen humor y conviven con ellas de una manera sana y envidiable. Incluso no les duelen prendas reconocer que de más jóvenes eran verdaderamente pesados e insoportables.

Este cambio de guion nos lleva a la conclusión de que la paciencia, la bondad, el humor, la comprensión y todas las virtudes que pudiéramos enumerar, están ya inscritas en el carácter de las personas. Quizá solamente haga falta unos gramos de cariño y unos minutos de atención para que emerja esa aceptación y convierta lo que era una carga para el propietario y los demás, en una atractiva cualidad que hace la vida más amena y, sobre todo, más llevadera.

Perdón

La aceptación lleva consigo una reconciliación con uno mismo, con los demás y con el mundo. En la vida comunitaria de las congregaciones religiosas a veces se producen roces y desencuentros a dos niveles: con los compañeros/as y con el Superior/a de turno. Es relativamente frecuente encontrarte con religiosos que han desarrollado una aguda sensibilidad para criticar y exponer su disconformidad con lo que se les pide o se les recomienda.

En una tanda de Ejercicios a religiosas, una consagrada me hablaba de lo mal que se llevaba con la Superiora. Yo intenté reconducir el enfado argumentando que por el mero hecho de ser Superiora tendría en su haber una serie de notables cualidades para acompañar y cuidar de sus súbditas. La respuesta fue contundente y no exenta de cierto humor: “Perdone que le diga, Padre, que ahora parece que las compran a todas en un-todo-a-cien”.

Y lo mismo se puede decir de las comunidades de varones: personas que arrastran heridas por haber sido víctimas de un desaire, un destino que se ha considerado incongruente o una falta de reconocimiento del trabajo realizado.

Afortunadamente, con el paso del tiempo y la gracia del Señor, se van viendo las cosas de manera diferente y va tomando cuerpo lo que tantas veces se ha interiorizado al comienzo de los Ejercicios (23): *estar más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla*. A estas alturas el perdón surge como algo natural desde el momento en que se han echado abajo las barreras que fue construyendo el ego y rehabilitando el amor propio.

Estar rodeado de compañeros que no se valen por sí mismos, con los que gracias a la ayuda de las demás se hace posible una cierta calidad de vida, se quiera o no, iguala o ayuda a igualar a las personas.

La experiencia de estar hechos del mismo barro y sentir el empeño del Señor en ir renovando la llamada –ahora más que nunca– al corazón, lleva a olvidar o pasar por alto los fallos y los consiguientes sinsabores que han sido más fruto de la rivalidad o del orgullo que de la descalificación del hermano.

La vida en común favorece la celebración comunitaria del sacramento de la Penitencia y conduce a un reconocimiento del pecado social o institucional en nuestro caso. Es importante caer en la cuenta de la complicidad que ha podido existir en las desviaciones que por acción u omisión han supuesto un mal ejemplo para los miembros de la comunidad y para las personas que han compartido la misión. En la vejez es necesaria una muestra del arrepentimiento como institución, y la mejor manera de expresarlo es a través de la oración. Muchos de nuestros mayores tienen como misión orar por la Iglesia y por la congregación a la que pertenecen. Misión que muchas veces no es suficientemente apreciada, pero que gracias a esas plegarias silenciosas y escondidas el Señor va realizando su obra.

Recuerdos

Más que recuerdos, tendríamos que decir consecuencias de los recuerdos.

Cuando se atraviesa la frontera de la jubilación –no importa la edad– lo que configura la mente del sujeto son más los recuerdos que el impacto del presente: es más significativo lo que se ha vivido que lo que queda por vivir. En las conversaciones son constantes las alusiones a la etapa de formación, al ejercicio del ministerio o a los momentos singulares: se citan situaciones y compañeros que han entrado a formar parte del acervo común de una o varias generaciones. La mayor parte de estas historias son jocosas y causan una alegría nostálgica. Una y otra vez se repiten con el ánimo anónimo de recuperar sentimientos ya archivados en el privilegiado rincón de la memoria.

Más que la historia objetiva, lo que se expresa son las consecuencias o resultados que generaron aquellos acontecimientos.

Muchas veces los recuerdos se convierten en ejes sobre los que ha girado gran parte de la gozosa aventura vocacional: nos referimos a la profesión religiosa, a la ordenación sacerdotal o a cualquier experiencia relevante de encuentro con Dios o con los demás; dejando una huella que ha marcado un antes y un después: Ejercicios, personas, Eucaristías, destinos, encuentros, viajes, etc.

Los recuerdos comunes y compartidos forman parte importante de la identidad del religioso que ya ha dejado o va dejando de lado la vida activa. Es un placer contar o escuchar con agrado las mil “batallitas” que han salpicado de buen humor una vida consagrada, una entrega generosa y una tarea silenciosa o colosal.

Al hablar de los recuerdos no podemos dejar de lado, con cierta emoción, a los que han perdido la memoria. Uno de los síntomas del incipiente deterioro cognitivo es precisamente el progresivo deterioro de la memoria. La comunicación con el lenguaje articulado va dejando de existir, pero lo que no se ha borrado ha sido el lenguaje ancestral, imborrable y vital de la compañía, la sonrisa, la caricia, el beso. No en vano Vicente Aleixandre nos recuerda que *la memoria de un hombre está en sus besos. (Los besos dados)*.

Misión

En la mayoría de los casos, la misión que el religioso recibe por parte de la congregación se encuadra dentro de un sector. Estos sectores pueden ser múltiples y variados: administración, enseñanza, acción social, formación, comunicación, pastoral o cualquier otro que tenga que ver con el carisma de cada institución.

Es ya de sobra conocida la distinción entre misión y tarea. La misión tiene sus raíces en el discernimiento, que desemboca en el envío por parte del Señor a realizar una tarea en un sector determinado. Tal envío viene mediado y concretado por la autoridad competente, sea el Provincial, el Superior o el que ejerce de forma delegada la labor de gobierno. La misión configura al sujeto y le hace ver que el trabajo que se desarrolla está vinculado a la misión de Cristo. Que es como decir que el que la lleva cabo no lo hace en nombre propio sino respondiendo a lo que Otro quiere de él.

En el trato personal se percibe quién hay detrás de lo que se tiene entre manos, y es bastante frecuente escuchar que el que verdaderamente lleva a cabo la misión es el Señor. Es en el ámbito de lo que tradicionalmente se ha llamado las “misiones” donde se verifica lo que venimos diciendo: renuncia, entrega, gratuidad, confianza y un largo etcétera que va abriendo camino hasta poner al Señor en el centro, como el dueño de la mies.

Nos encontramos con relativa frecuencia congregaciones que han tenido que reorientar su carisma y readaptar la misión o las misiones que venían desempeñando. Hay que tener en cuenta que muchas áreas que antes ocupaban las instituciones religiosas ahora han sido absorbidas por la sociedad “civil”. Y también se dan casos de ministerios que antes aglutinaban a gran número de personas, ahora han quedado huérfanos, anticuados u obsoletos.

Es el momento en que una institución debe pararse y hacer una selección o revisión de lo llevado a cabo hasta la fecha e introducirse en un discernimiento que ilumine nuevos caminos de futuro.

Esta flexibilidad tan necesaria hoy día nos hace ver de nuevo las motivaciones hondas que llevan a los religiosos a reinventarse y a adoptar unas actitudes de apertura a las necesidades de los hombres y mujeres de nuestro entorno. Y, en muchas ocasiones, a optar por algo a lo que nos llevan los signos de los tiempos: la *intercongregacionalidad*.

En muchos campos de nuestro apostolado podemos percibir la unión de varias congregaciones para llevar adelante una misión. Todos conocemos seguramente cómo se está desarrollando todo esto en el terreno de la acogida y atención a los inmigrantes, en el cuidado de nuestros mayores o en los diversos ámbitos del apostolado social. Lejos de diluirse el carisma de cada congregación, la solidaridad del trabajo en común está enriqueciendo y haciendo brotar valores espirituales que habían quedado inéditos o imprecisos hasta ahora.

Esta intercongregacionalidad está marcando un futuro prometedor y nos está haciendo caer en la cuenta de que la misión es la misión de Cristo.

Vinculación

Cuando hablamos de vinculación nos referimos al sentimiento de pertenencia a una vida que no se entiende al margen de la vida religiosa. Sería algo así como el destilado de todos los componentes que han intervenido en el decurso de los años vividos en la institución.

Lo primero que llama la atención en las conversaciones con los mayores es el lenguaje: reconocemos nuestra propia identidad en las palabras que escuchamos a los demás. No es necesario entrar en demasiadas profundidades para comprender el alcance de las palabras que se están manejando. Esta conexión lingüística refleja la cultura en que un grupo de personas de una institución determinada ha asimilado su acervo religioso, espiritual, doctrinal y social. Podíamos decir que trasciende las simples palabras para proyectarse a un universo de significados que resultan comunes y familiares.

Podemos captarlo en frases, referencias y, sobre todo, en un discurso, articulado de tal modo, que resulta significativo para ambos interlocutores. Por ejemplo, la palabra *discernimiento* remite a un proceso que ha podido dar lugar a una elección de estado de vida, a un destino o a un cambio de tarea. Lo bueno de todo esto es que en las personas mayores se expresa de una manera natural y espontánea. Cuando te encuentras con un compañero que ha transcurrido la mayor parte de su vida, por ejemplo, en la India, puedes captar, en unos minutos de intercambio, valiosísimos contenidos que circulan en el diálogo de manera implícita. Es como sentir reflejada la propia imagen en un espejo que te devuelve lo mejor de ti mismo.

Todos estamos de acuerdo en lo que se ha llamado desde hace algún tiempo la “aceleración de la historia”. En las personas mayores suele producir una especie de desfase –cuando no desconexión– de una determinada interpretación de la realidad. Esto se percibe de un modo superficial en el campo de la técnica y de una manera más profunda en el terreno de las creencias y los valores. Y suscita una serie de preguntas, algunas veces desconcertantes: “¿Qué queda de lo que nos enseñaron en el noviciado?” “¿Cómo se puede transmitir la fe en un mundo muchas veces hostil o indiferente?” “¿No me he convertido en un extraterrestre?” “¿Seré una carga para los demás?”

Afortunadamente en la mayoría de los casos, por no decir en todos, hay algo esencial, nuclear que permanece y emerge en medio de tanta confusión y desequilibrio. Es el Dios, Señor de la vida, el Jesús que sigue llamando, ahora con voz queda, pero que confirma y acoge con inmensa alegría la historia vivida y aguarda con emocionante esperanza el encuentro y el abrazo definitivo en el cielo.

En medio de la fragilidad y el inevitable desamparo propio de la edad, nuestros mayores nos enseñan que la vinculación y el compromiso con la institución nos lleva a no dudar de que el auténtico dueño de la vida y de la muerte es el Señor.

Patria/Matria

La palabra *patria* posee varias acepciones que tienen que ver con la historia del sujeto y la época que le ha tocado vivir. Actualmente, la mayoría de nuestros mayores, participan del imaginario colectivo elaborado durante la guerra civil de España. Esta es la razón por la que en una primera aproximación, *patria* tiene unas connotaciones militares: “Se lucha para salvar a la *patria*”. En los cuarteles aparece el lema (hoy en proceso de cambio): *Todo por la Patria*. Y también se asocia el empleo de la palabra *patria* a una mentalidad conservadora, retrógrada y fascista.

En nuestro colectivo de religiosos y religiosas de edad avanzada apenas se cita esta palabra. Y cuando se hace es para reivindicar algo propio frente a ideas o movimientos desestabilizadores.

Sin embargo, en el discurso de nuestros mayores, percibimos un conjunto de referencias a algo que constituye el fondo de la identidad personal. *Patria* es, pues, el arquetipo de lo original, lo primigenio, el inexcusable referente. De esta manera se vincula a otro de los significados que tiene que ver directamente con la raíz de la palabra *Pater*.

Por otro lado, te llama la atención cuando escuchas a personas con un deterioro cognitivo severo mentar a la madre: en esas circunstancias el vocabulario es muy reducido, pero la palabra *madre* y lo que ello significa ha quedado definitivamente grabado en el inconsciente de la persona. Esto nos lleva a una previsible y provisional conclusión: a estas alturas de la vida, más que *patria*, la palabra que se conecta a un nuevo cordón umbilical sería *matria*.

Y nos parece muy interesante porque nos está mostrando de un modo espontáneo la dimensión materna de Dios.

Con esta luz se iluminan nuevos aspectos de la imagen de Dios: ese Ser que “me atañe incondicionalmente” es Alguien cercano, acogedor, cariñoso, disponible... como una madre. Algunas veces, atravesando los pasillos de nuestras enfermerías, he escuchado gritos de ¡Mamá! ¡Mamá!

Cuando se han desarbolado todas las inhibiciones y el sujeto suspira por un reducto afectivo, el horizonte seguro es la madre.

Terminamos: la fe, alimentada durante tantos años, lleva al convencimiento de que con la muerte no se termina la vida, Por eso, una de las expresiones más frecuentes en las personas de más edad es el deseo de encontrarse con el abrazo definitivo de ese Dios que es padre y madre, y supondrá el comienzo de una nueva vida y el reencuentro con los seres queridos.

No nos queda más que agradecer a nuestros mayores el testimonio de vidas logradas desde el amor a Dios y a los hermanos.

Epílogo

Podríamos seguir describiendo muchos más valores porque de la fuente de nuestros mayores mana una infinidad de cualidades, virtudes y ejemplos. Sin duda lo más misterioso y al mismo tiempo aleccionador es cómo se vive interiormente esa última etapa de disminución y soledad. Personas que hemos conocido en sus tiempos de máximo rendimiento, nos los volvemos a encontrar, años después, cansados, caducos e invisibles. Quiero romper una lanza en favor de esos otros valores que permanecen ocultos y, sin embargo, son los que sustentan la intrahistoria de los últimos años de vida.

Tiempo distinto, nuevo, con una característica común: tiempo inefable. Por mucho que pretendamos profundizar, intuir o racionalizar, a lo más que podemos llegar y lo más que podemos decir, es que es “otra cosa”.

Compruebo que personas de una honda espiritualidad, contrastada con el testimonio de una vida ejemplar, a la hora de hablarte de su oración, coinciden en decir que su vida espiritual es pobre. ¡Cómo será, entonces la mía, me pregunto! Es verdad, y creo que sería más exacto decir que su oración no es que sea pobre, sino que es la oración de un pobre. Es la auténtica oración.

Después de escuchar descabelladas historias y alocadas fantasías a nuestros mayores enfermos, abro el Evangelio y me encuentro a un Señor que dice que de los pobres es el reino de los cielos, que los que lloran serán consolados y no sé cuántas cosas más. ¿Cuál es la diferencia? ¿No estaremos siendo testigos privilegiados, ubicados ya en el atrio de lo sagrado?

Solo Dios lo sabe.



POR TU PALABRA

Jacob, el hombre que luchó contra Dios – Comentario 1

Una historia poco edificante... y Dios en ella (Gen 25,19-34.27)⁶⁰

Calendas Plus 16 pt

Estimados lectores, amigos de la Biblia.

En los comentarios anteriores hablamos de Abrahán, el primer patriarca de Israel. Hoy iniciamos una nueva serie sobre otro gran personaje bíblico: Jacob, que la Biblia presenta como hijo de Isaac y nieto de Abrahán. Los tres son los principales patriarcas de Israel⁶¹. Jacob será el padre de José, cuya historia y proceso personal será objeto de nuestra atención más adelante.



Titulamos esta serie de comentarios: “JACOB, EL HOMBRE QUE LUCHÓ CON DIOS”, con el subtítulo: “UNA HISTORIA POCO EDIFICANTE... Y DIOS EN ELLA”. Cada uno de ellos tendrá un subtítulo diferente, según sea el acontecimiento central del mismo. En este nos

⁶⁰ Todos los comentarios bíblicos de Carlos Rey están disponibles en la página web <https://soto.salesianos.es/parroquia/comentarios-biblicos/>.

⁶¹ Uno de los significados de “patriarca”, según la RAE es: “Alguno de los personajes del Antiguo Testamento que fueron cabezas de dilatadas y numerosas familias”, en nuestro caso, del pueblo de Israel. Son por ello, en el relato bíblico, origen o fundadores del pueblo de Israel, sobre todo en clave de fe.

centramos en un Jacob egoísta y trapacero, hábil en manejar las situaciones en provecho propio.

No se extrañe el lector de la figura poco ejemplar de Jacob. Hay muchos en la Biblia que tampoco lo fueron: el rey David, los apóstoles Pedro y Pablo y el mismo Abrahán, que no fue nada ejemplar en algunos momentos, por poner algunos ejemplos. Y, sin embargo, Dios contó con ellos para llevar a cabo la HISTORIA DE LA SALVACIÓN, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

La propia historia de la Iglesia incluye santos que no fueron nada ejemplares en ciertas fases de sus vidas, como es el caso de San Agustín, pero esto no fue obstáculo para Dios, que conoce la presencia del mal en el mundo (Mt 13,24-30) y cuenta con ella.

Es posible que los episodios de la vida de Jacob no os suenen tanto como la de Abrahán, pero os garantizo que no son menos interesantes. Estos comentarios son una buena ocasión para conocerlo.

Comenzamos, conscientes de que, para nosotros cristianos, hablar de las cosas de Dios, y particularmente de la Biblia, es motivo de gozo, pues Dios es la fuente de toda alegría.

Texto bíblico: Jacob engaña dos veces a su hermano Esaú

Tenía Isaac cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca. Isaac suplicó a Yahvé a favor de su mujer, que era estéril, y Rebeca concibió. Al dar a luz resultó que había dos mellizos en su vientre. Al primero le llamaron Esaú y al segundo Jacob.

Crecieron los muchachos. Esaú llegó a ser un cazador experto, un hombre montaraz, y Jacob un hombre muy de quedarse en la tienda.

Una vez, Jacob había preparado un guiso cuando llegó Esaú del campo agotado. Dijo Esaú a Jacob: "Oye, dame a probar de tu guiso, porque estoy agotado". Dijo Jacob: "Véndeme ahora mismo tu primogenitura". Dijo Esaú: "Estoy que me muero. ¿Qué me importa la primogenitura?" Dijo Jacob: "Júramelo ahora mismo." Y él se lo juró, vendiendo su primogenitura a Jacob. Jacob dio a Esaú pan y el guiso de lentejas y este comió y bebió, se levantó y se fue. Así desdeñó Esaú la primogenitura (Gen 25,20-34).

Al verse envejecido y ciego Isaac quiso bendecir a su hijo mayor, Esaú, pero antes le pidió que cazase alguna pieza y le preparara un guiso.

Rebeca, su mujer, escuchó la conversación. Cuando Esaú se fue, llamó a su hijo Jacob y le dijo: "Acabo de oír a tu padre diciendo a Esaú que quiere bendecirle antes de morir. Pues bien, hazme caso en lo que voy a decirte. Ve al rebaño y tráeme de allí dos cabritos hermosos. Yo haré

con ellos un guiso suculento para tu padre como a él le gusta y tú se lo presentas, de modo que coma y te bendiga a ti en lugar de a Esaú.”

Jacob dijo a su madre: “¡Pero si mi hermano es velludo y yo soy lampiño! Si mi padre me palpa me reconocerá y entonces me habré buscado su maldición en vez de su bendición.” Le dijo su madre: “Tú obedéceme.”

Rebeca preparó un guiso suculento. Después tomó las ropas de Esaú y vistió con ellas a Jacob y con las pieles de los cabritos le cubrió las manos y el cuello y le dio el guiso que había hecho.

Entró Jacob a donde su padre y le dijo: “¡Padre!, soy Esaú. Come de mi caza para que después me bendigas.” Acercóse Jacob a su padre el cual le palpó y le olió, pero no le reconoció y se dispuso a bendecirle. Antes le preguntó: “¿Eres tú realmente mi hijo Esaú?” Respondió: “El mismo.”

Isaac le bendijo diciendo: “¡Pues que Dios te dé el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra, mucho trigo y mosto! Sírvante pueblos, adórente naciones, sé señor de tus hermanos y adórente los hijos de tu madre. ¡Quien te maldijere, maldito sea, y quien te bendijere, sea bendito!” (Gen 27,1-29).

1. Hombres y mujeres al desnudo⁶²

1.1. ¡Qué humana es la Biblia!

La historia de Jacob (Gen 25-36) es un relato cautivador y ameno. Conforme avancemos en ella verás, querido lector, que está tejida de escenas de gran encanto, aunque no siempre edificantes, y muy ricas de acentos humanos de gran valor. Como la de tantos personajes bíblicos, es reflejo de lo que es el ser humano de todos los tiempos.

En ella hay de todo: trampas y engaño, falta de escrúpulos y deseos de venganza, explotación y abusos, casamientos y anhelo de hijos, complicidades y rivalidades, intereses económicos contrapuestos, antiguas costumbres exóticas, colorido pastoril y mundo de animales... Y en medio de todo esto, como siempre en la Biblia, Dios presente y actuando, de ordinario en la sombra. Por eso la vida de Jacob, como la de Abrahán, es “palabra humana” y “Palabra de Dios”

La historia de Jacob está atravesada por el conflicto, tanto a nivel personal como social, algo que no falta nunca entre los humanos. Su protagonista vive conflictos con todo y con todos: con la vida, con los suyos, con sus rivales, consigo mismo y con Dios. Es un relato que nos puede interesar mucho.

⁶² Ver: “Drama y esperanza - I”, de José Luis Elorza (Ed. Frontera), pág. 218 (cuadro).

1.2. Los personajes – en busca de su autorrealización

¡Admirable el modo como presenta el autor a cada personaje, con sus propios rasgos!:

- REBECA, la madre de Jacob es una mujer estéril que sufre por ello. Cuando al fin tiene dos hijos: Esaú y Jacob, no quiere a ambos por igual, sino que prefiere a este último, llegando a preparar una armadilla a su marido para favorecer al menor en perjuicio del mayor.
- ESAÚ, el hijo mayor de Isaac y Rebeca y el preferido de su padre, es el típico personaje fuerte y robusto físicamente pero primario, de pocas luces y medio salvaje.
- JACOB, el hijo menor es un gran trapacero sin escrúpulos que no pierde ocasión para engañar y aprovecharse de los demás, pero que será esquilado por su tío Labán, más experto que él.
- RAQUEL, es la mujer bella y de buen tipo. De ella se enamora Jacob, que la prefiere a su otra esposa, Lía. Pero Raquel pasa largos años sin poder tener hijos. Hasta que los tiene y muere, paradójicamente, en un parto.
- LÍA, hermana de Raquel y también esposa de Jacob, “tenía ojos tiernos pero apagados”. Es fértil y se siente orgullosa por poder tener hijos, pero sabe que no es la preferida de su marido y se siente afectivamente postergada por él.
- LABÁN, padre de Raquel y Lía y tío de Jacob, es un hombre experto que se aprovecha del amor de Jacob por su hija para tenerlo largos años a su servicio y enriquecerse a su costa.

Como todo ser humano, cada uno de ellos busca su propia autorrealización utilizando para ello los medios de que disponen y por los caminos que consideran más adecuados, aunque no siempre sean honestos.

¡Qué fuerte es en el corazón de todo hombre y mujer el impulso hacia la plena autorrealización! Lo era en tiempos de Jacob y lo es igualmente ahora..., pero ¿es válido hacer cualquier cosa para lograrlo?

Como puedes ver, estimado lector, la historia de Jacob promete mucho.

1.3. En la itinerancia física, el viaje interior

Como sucede con Abrahán, el hilo conductor del relato de Jacob es un tema que ya conocemos: “LA EXISTENCIA HUMANA COMO CAMINO E ITINERANCIA”. Forzado por las circunstancias, Jacob tendrá que huir de su casa y partir hacia lo desconocido fuera de su país. Como tantos millones de emigrantes a lo largo de los siglos, vivirá situaciones dramáticas que no podrá controlar.

Pero lo mejor y más interesante de la historia de Jacob, como en la de Abrahán, son dos cosas:

- Que mientras hace un “viaje exterior” vive por dentro su PERSONAL “VIAJE INTERIOR”: mientras camina por diversas regiones, va madurando humana y espiritualmente. Este es uno de los grandes valores del relato de Jacob.
- Algo esencial para nosotros creyentes: ver cómo DIOS SE VA HACIENDO PRESENTE en todos los momentos de su existencia, tan humana y tejida de encuentros encantadores, diálogos jugosos, sentimientos encontrados, conflictos y personas con perfiles variados.

1.4. Una historia poco edificante... Y Dios en ella

Es posible, mi querido amigo, que la lectura del relato de Jacob (Gn 25-36) te choque, pues te vas a encontrar con episodios nada edificantes. Sus autores (ss. VI-V) no quisieron idealizar al personaje ni presentárnoslo como “un santo varón” o un modelo de imitación, sino como un hombre real, con sus más y sus menos. Está claro que no les interesaba ofrecernos una “vida ejemplar”. De hecho, lo que más llama la atención en Jacob no es su ejemplaridad, sino todo lo contrario: sus mentiras, sus juegos sucios y pillerías..., así como el proceso que tuvo que hacer para aprender y madurar.

Como en muchas historias bíblicas, lo que prevalece en el relato no es la dimensión religiosa de la vida, sino la existencial: cómo el personaje se va haciendo y madurando a lo largo de toda su vida pasando por vicisitudes, peripecias e imprevistos de todo tipo: agradables y alegres unos, desagradables y tristes otros. Y lo hace en diálogo con la vida misma y con Dios, un Dios siempre misterioso e inaprensible que se hace presente de muchas formas, pero que no se deja controlar ni manejar.

Como en tantos personajes bíblicos, también en Jacob corren paralelamente lo humano y lo divino, el hombre y Dios. Jacob, como Abrahán, es un “itinerante” que se ve obligado a salir de su tierra y a vivir fuera de ella muchos años, antes de volver. Su camino de ida y vuelta dura años. En este tiempo, vive un sinfín de experiencias y pruebas propias de la existencia humana: el cariño preferencial de su madre, la huida de su propia familia y de su tierra, consecuencia de sus actos, situaciones de indefensión, soledad y peligros, enamoramiento, abusos por parte de otros, capacidad para resolver los conflictos...

Jacob utiliza su astucia y habilidad para subir en la vida, hasta que llega un momento en que todas sus habilidades no le sirven de nada. Como tantos hombres y mujeres, vive situaciones límite en las que se siente invadido por una extrema inseguridad e indefensión, que llega hasta la angustia.

Por su corazón, como por el de todos los humanos, circulan los peores sentimientos y planes: ambiciones, celos, miedos, envidias, agresividad... ¡Qué “jugadas” fue

capaz de hacer, y somos capaces de hacer nosotros, incluso a los familiares más próximos!

Surge la pregunta: ¿qué tiene que ver Dios con la vida de Jacob?, ¿qué papel juega en ella?, ¿y en la de los humanos en general? Su historia, como muchas otras en la Biblia, está llena de humanidad y tejida por hombres y mujeres de carne y hueso, pero al haber sido escrita por creyentes y para creyentes, no puede menos de aparecer Dios.

Jacob vive una vida conflictiva, pero la vive en compañía de Dios, no porque él le busque, sino porque Dios se hace presente en ella y le acompaña en los diversos avatares que le van sucediendo.

No es difícil percibir en la historia de Jacob aspectos y elementos de nuestra propia existencia. Podemos decir, incluso, que habla de nosotros.

1.5. A Dios se le conoce en la existencia

El Dios de Jacob no es un Dios estudiado, un “Dios de libro”, sino un “DIOS APRENDIDO EN LA PROPIA VIDA, en las largas experiencias vividas con Él a lo largo de años”. Es un Dios que elige, acompaña y protege a Jacob en todos sus caminos, pero que no le dispensa de vivir una vida atravesada por mil peripecias, miedos e incertidumbres. Jacob lo experimenta cercano y amigo unas veces, ausente y hasta enemigo suyo, otras. Dios es, al mismo tiempo, confiable e incomprensible, amigo y adversario, lejano y presente, oculto y manifiesto. Dios buscado y deseado, pero siempre misterioso e incontrolable.

2. Jacob: egoísta y trapacero

Como ya hemos dicho, el autor bíblico no tiene ningún reparo en presentar a Jacob, no como un santo varón, sino como un astuto mentiroso, un pillo tramposo que terminará atrapado en sus propias trampas, como un engañador que acabará siendo engañado.

Jacob aparece desde el inicio como una persona egocéntrica que se aprovecha de las circunstancias en su propio beneficio, como un hábil “suplantador” que con juego sucio engaña a su hermano Esaú para quedarse con lo suyo, como quien hace lo que le place y más le conviene aprovechando las debilidades de los demás, sin importarle que sean sus más cercanos: su madre, que está loca por él, su padre anciano, ciego e incapaz de darse cuenta de que pasa o su hermano, impulsivo y primario, que no valora lo que tiene.

2.1. El episodio del plato de lentejas

En el célebre episodio del “plato de lentejas” aprovecha el agotamiento de su hermano para chantajearlo y arrebatarle sus derechos de primogénito. ¡Cara le salió a Esaú su hambre y no pensar en la desproporción entre lo que tomaba, un simple plato de lentejas, y lo que dejaba: todo lo que le correspondía como primogénito! Aprovechando un momento de debilidad de Esaú, Jacob le arrebató, astutamente, lo que tenía de más valor (Gen 25,29-34) ¿No es así también en la vida? ¿No hay muchos que se venden o venden lo mejor de sí por nada?

2.2. El episodio de la bendición de su padre

Más adelante, se presta al juego sucio de su sagaz madre Rebeca, para arrebatarle a Esaú la “bendición de su padre”. La escena que narra el engaño es preciosa, aunque nada edificante. Conviene que la leas, querido lector (Gen 27,1-40), pero mientras, te presento un resumen de la misma.

Rebeca, que prefiere a Jacob a Esaú, le sugiere que se haga pasar por este para, aprovechándose de la ceguera de su esposo, conseguir la bendición que le corresponde a Esaú. Para que Isaac no perciba el engaño, Rebeca le viste con las ropas de su hermano y camufla su fina piel con pieles de cabritos para que, al tocarlo, piense que es Esaú, de piel mucho más gruesa y áspera.

Ya en presencia de su padre, Jacob miente una y otra vez sobre su identidad y hasta invoca a su favor el nombre de Dios con total desfachatez (Gen 27,18-20ss), consiguiendo su bendición y quedándose con todo lo que le correspondía a Esaú: la herencia de su padre, la jefatura del clan familiar y la garantía de un futuro próspero y exitoso. Todo ello mediante tretas descaradas, y sin el más mínimo problema de conciencia ni respeto por su padre y hermano.

Jacob es la viva estampa de todos los que actúan bajo el principio de “todo vale” para conseguir sus objetivos: la mentira, la trampa, el fraude, el cohecho, los juegos sucios..., asociándose para ello con quien sea.

Conclusión

Hoy nos quedamos por aquí, estimado lector. Si deseas ampliar tu lectura, puedes hacerlo en “DRAMA Y ESPERANZA – I”, de José Luis Elorza (Ed. Frontera), pg. 217-221. Esta ha sido la fuente principal de donde he extraído, con otras aportaciones y algunas contribuciones propias, estas páginas.

Leído este comentario, es de fundamental importancia que leas directamente los textos bíblicos, en este caso, Gen 25.27. No hay nada, ni el mejor estudio o comentario, que pueda substituir la lectura de la Palabra de Dios.

En nuestro próximo comentario hablaremos de la ruina de Jacob y de cómo Dios toma la iniciativa, exactamente en ese momento de debilidad, haciendo de su historia una historia habitada por Dios y dando inicio a una nueva vida mucho más rica que la anterior.

Que la paz del Señor esté contigo y te acompañe siempre.

▶ EL ANAQUEL

Comunidades que transmiten la fe

José María R. Olaizola, SJ

El cristianismo es una religión comunitaria

Si algo tiene el cristianismo es que es una fe que se vive en comunidad. Prácticamente desde el primer momento de su vida pública Jesús escoge a un grupo de discípulos que van a compartir su camino. Son hombres y mujeres diferentes, con orígenes diversos, entendemos que también de distintas edades, unos más curtidos por la vida y otros apenas arrancando. Culturalmente, también hay variedad entre ellos. Religiosamente, lo mismo está el pecador reconciliado que el pescador recién salido de sus redes, el levita que el zelote, y tanto sigue a Jesús la mujer pública como la devota que entrega sus bienes al grupo para colaborar en la misión que tienen.

Durante los tres años de su vida en los caminos, este grupo acompaña a Jesús. Se van sumando más personas. Algunas abandonan. Jesús es para ellos amigo, pastor, maestro, líder... Los instruye en medio de una muchedumbre, y también en privado. Los envía con una misión, siempre con alguien más, al menos en parejas, y cuando vuelven reflexionan y sacan conclusiones acerca de lo que han hecho. Una y otra vez les pide que mantengan silencio sobre algunas dimensiones de esa buena noticia que algún día tendrán que proclamar a voz en grito, probablemente porque aún no están preparados para hacerlo. La mayoría de ellos experimentarán su propia fragilidad y traicionarán de distintos modos a su maestro: la ambición de uno, la duda del otro, la cobardía de un tercero o la incomprensión de quien le vende por treinta monedas de plata.

Y, sin embargo, será esa comunidad vapuleada por la Pasión la que, a la luz de la Pascua, experimente con una fuerza imparable la convicción de que Jesús ha resucitado, y de que esa buena noticia hay que proclamarla, porque le da un sentido completamente diferente a la vida, al sufrimiento, a la felicidad y a las aspiraciones vitales del ser humano. Y lo que arranca con ese grupo llega hasta hoy. Las últimas palabras del resucitado son palabras de envío a la comunidad, proponiéndoles llevar la buena noticia hasta los confines del mundo.

El cristianismo no es una experiencia solitaria. Por más que haya aspectos individuales en la vivencia de la fe. Por más que la relación con Jesús sea personal y única en cada ser humano, también intervienen los otros en la transmisión,

configuración y vivencia de la experiencia religiosa. El cristianismo se vive en comunidad. La fraternidad es una consecuencia irrenunciable de la convicción de que Dios es el Abbá común que Jesús nos descubrió.

La Iglesia, comunidad de los creyentes en Jesucristo

La comunidad de los creyentes es la Iglesia. En el caso de la Iglesia católica, una única y enorme comunidad (de más de mil millones de personas), unida por la misma fe, compartiendo una misma estructura en la que lo carismático y lo institucional se combinan, dando una solidez y una resistencia en el tiempo que para sí quisieran imperios, sistemas políticos y multinacionales (puestos a enumerar organizaciones que en un momento de la historia pueden parecer omnipresentes y poderosas).

Pero la Iglesia, a su vez, y de modo inevitable se configura como una enorme red de pequeñas comunidades. Es parte de su propia esencia. No es fácil vivir lo comunitario solo en el gran esquema de la humanidad en general. Los creyentes necesitan un grupo más cercano, más inmediato, más conocido. La comunidad es una forma de organización social, con un punto más local o más identitario. El creyente busca gente con la que comparte sus creencias, y lo hace por muchos motivos: Porque necesita alimentar su fe, y en ocasiones le será imprescindible el testimonio y la fortaleza de otros. Porque también valora el dar testimonio de aquello en lo que cree. Porque mucho del contenido de la enseñanza de Jesús tiene que ver con establecer vínculos desde la fe, hasta el punto de que en algún momento llega a formular que Él se hace presente allá donde dos o más personas están reunidas en su nombre.

El concepto de comunidad, con todo, es un concepto muy amplio. Con distintos matices si hablamos desde la teología, la psicología, la sociología o la antropología, por citar algunos enfoques de las ciencias humanas. Comunidad es la Iglesia, en su dimensión mística de Cuerpo de Cristo, pero también como institución social analizada por los sociólogos de la religión. Comunidad es la familia, la parroquia, la congregación, la comunidad religiosa, la Hermandad, la orden religiosa, el movimiento laical, la asociación, el pueblo, la diócesis. Incluso hay hoy en día comunidades virtuales que tienen la misma entidad y a veces mucha más consistencia que otras agrupaciones... Hasta la diferencia tradicional de la sociología de la religión entre secta e Iglesia se puede percibir como el planteamiento de dos modelos de comunidad.

¿Qué elementos forman parte de una comunidad religiosa?

Seguramente al intentar hacer una enumeración caeremos en la generalización, pues no todo se da, ni todo del mismo modo, en configuraciones tan diferentes. Pero, al menos para ir perfilando de qué hablamos al referirnos a una comunidad, es bueno ir definiendo algunos elementos que nos permiten comprenderla.

Lo primero, sin duda, es la fe. Una comunidad religiosa se define por compartir unas mismas creencias. Creo que la fe no es un cuerpo absolutamente homogéneo y cerrado de creencias que se puedan formular enteramente de manera dogmática. La fe incluye dogma e incluye desarrollos que van reformulándose con el tiempo. La fe es una forma de responder a la pregunta por Dios, y se basa en compartir una comprensión de la realidad que forma parte de la herencia común de una colectividad. La fe implica todo un universo simbólico, una serie de respuestas a la pregunta por la trascendencia, la revelación, el origen y destino del ser humano, la relación que tenemos con Dios (o con los dioses en el caso de relaciones politeístas, con los espíritus en el caso de religiones animistas, etc.). La fe ayuda también a preguntarse por el lugar del ser humano en el proyecto divino, y por algunas de las dimensiones esenciales de la vida. La fe no es tan solo una experiencia personal, íntima y privada, sino que normalmente tiene consecuencias en la vida de la persona, de la comunidad y de la sociedad en que dicha comunidad está inserta.

Lo segundo es la pluralidad. Comunidad hace referencia a un grupo humano. Si tuviésemos que definirlo por su contrario, lo opuesto sería el individuo aislado, independiente, autónomo o autosuficiente. La comunidad es la unión de distintos individuos que se sienten vinculados por una pertenencia común, que puede estar basada en la fe, en el afecto, en el interés, la conveniencia... Esos individuos pueden o no ser parecidos, estar cortados por el mismo patrón, o compartir una serie de rasgos. En las comunidades cabe desde una homogeneidad sin fisuras (más propia de la secta) a una diversidad enorme (más presente en las Iglesias)

En la comunidad hay también una serie de normas comunes. Ya sean leyes, reglas no escritas, límites compartidos, toda comunidad se da, formal o informalmente, algunas pautas de conducta que sus miembros mantienen. Está desde la formalidad de unos estatutos, a la existencia de una doctrina compartida de la que se derivan formas de comportamiento.

La comunidad puede tener rasgos de identidad. Desde un logo a unos hábitos. Hoy, en medio de una cultura eminentemente audiovisual, todo el mundo de la imagen compartida está a la orden del día. De nuevo, aquí cabe desde la existencia de elementos formales (hábitos, ropajes, medallas), hasta la existencia de elementos informales (una estética más indefinida, pero fácilmente identificable). Cabe que entre esos rasgos estén también lenguajes, o al menos términos que son conocidos solo para "los de dentro".

Hay rituales propios de la comunidad. Pueden ser públicos o privados, pero hay todo un mundo de ritos que van definiendo formas de celebrar, de relacionarse, pasos e itinerarios. Quien forma parte de la comunidad participa en esos ritos. Quien no, a veces no puede participar, y otras veces ni siquiera los conoce.

La comunidad normalmente comparte unos intereses. Hay una serie de objetivos, proyectos, finalidades que ayudan a dar identidad y a definir los pasos que los individuos y el grupo se dan. Una comunidad religiosa puede tener determinados intereses a la hora de promover una forma de relacionarse en la sociedad, de difundir una serie de valores, de hacer proselitismo al transmitir la fe e incorporar nuevos creyentes...

Transmitir la fe

¿Qué se entiende por transmitir la fe? Seguramente en un verbo como este se incluyen muchas actividades diferentes. Para empezar porque si decimos que la fe es un don -y lo es- entonces no es algo que se pase como quien se da el relevo en una carrera o quien se envía un mensaje. Me gustaría proponer tres verbos que de algún modo intentan apuntar a la experiencia de transmitir la fe.

El primero es compartir un don. Efectivamente, la fe es un don. ¿Por qué unos la tienen y otros no? ¿Por qué a veces hermanos que han tenido la misma educación reaccionan de maneras muy diferentes, y hay quien se define como creyente y quien reniega de cualquier mirada trascendente? Hay mucho que no sabemos y no entendemos. Pero, asumiendo esa parte de gratuidad y libertad del Espíritu, que sopla dónde y cuándo quiere, lo cierto es que este don, que es la fe, se puede intentar compartir. De hecho, la fe no es una pertenencia personal para ser guardada en lo secreto, sino que, en la medida que es percibida como un bien, se quiere compartir, pues parte de su bondad es precisamente que sea algo que ayude a definir más vidas.

Un segundo verbo sería el de educar. La transmisión de la fe es parte de la educación, más aún, de la socialización de los más jóvenes. Hoy es frecuente escuchar a padres jóvenes decir que prefieren no hablar de fe a sus hijos, que ya decidirán ellos por sí mismos cuando sean mayores. Y, sin embargo, si les hablan de política, les transmiten sus aficiones, sus gustos deportivos... No deja de sorprenderme esa negativa a ofrecer una educación religiosa. Porque educar es preparar el terreno para que en la vida adulta las personas puedan profundizar, o incluso rechazar una mirada. Creo que sí, la fe también se transmite al educar, y el derecho a una educación religiosa debería estar tan garantizado en una sociedad como el derecho a la libertad religiosa (para creer o no creer) Esa educación religiosa implica poder transmitir una historia, una tradición, el contenido de una revelación y dar herramientas para una interpretación correcta y adulta del contenido de la fe.

La tercera expresión sería la de dar testimonio. Transmitir la fe es ser testigo de algo en lo que crees. Es hacer que tu vida, tus palabras y sobre todo tus actos, apunten en la dirección del Dios en el que crees.

Demos un paso más. ¿Qué debe tener una comunidad religiosa, cristiana y católica para transmitir su fe?

★ UNA ESTRELLA EN MI VENTANA

Caminando a solas por la calle

“Aquel mismo día dos discípulos iban de camino”... (Lc 24,13)

He salido a dar una vuelta. Hoy no llueve y el atrevido sol de invierno invita a pasear en busca de algún resto de vitamina. De cuando en cuando, extendiendo los brazos intentando abrazar no sé qué o a no sé quién bañado en rayos de sol. Es un abrazo necesario, lleno de calor, pero tal vez en el vacío.

Camino y caminando pienso. Llevo ya casi treinta años viviendo en esta ciudad. Es verdad que ha sido en cuatro etapas. He estado, he ido y he vuelto. Espero que me haya ganado ya la permanencia. Y en estos años, dedicados a la enseñanza, he tenido unos cuantos alumnos; no exagero si digo que algunos más del millar. No está mal. Recuerdo con cariño y gratitud a mis alumnos. Ellos me proporcionaron trabajo y me regalaron una vida muy feliz. Fueron años para el recuerdo y en el recuerdo están. Pongo nombre a alguno de aquellos alumnos e inmediatamente viene a mi memoria algún acontecer digno de permanecer en el corazón o en el recuerdo que viene a ser lo mismo.

El caso es que hoy llevo ya más de una hora “rondando la calle” y me sorprende que, después de lo contado, no haya reconocido a nadie. Nadie me ha regalado su saludo de amistad o un “buenas tardes” de cercanía. Todo ha sido cada quien a su ritmo y a su historia. No deja de ser inesperado y triste. Y es verdad que mis alumnos la mayoría viven o vivían por la zona en que camino. Con el sol de la tarde reina una oscuridad personal desamparada. Ni yo me conozco, porque nadie me percibe como conocido en su vida. Y si no te conozco, como que no existieras.

Mi tiempo de paseo llega a su fin con ese sinsabor del anónimo inconsciente... Observo que alguien me mira con detención y, al verme, sonrío. Pasa a mi lado y como quien no quiere la cosa suelta un “hasta luego, amigo”... El corazón me ha dado un sobresalto por el saludo y por la palabra ‘amigo’... Mis taciturnos

pensamientos de la tarde se alumbran y llenan de sentido. Para alguien no he sido un desconocido. Nuestra historia en paralelo se ha roto para regalarnos un saludo. Yo sonrío y grito un “adiós” de complicidad y alegría.

Como siempre la prisa nos mata. Cada quien a lo suyo. O sea, casi siempre, a la nada, a lo que salga, al vacío. Pero esta tarde, a las cinco menos veinte, alguien ha pronunciado mi nombre por lo que la calle Camelias se ha remozado y rejuvenecido. Hoy no solo sorprenden sino que ‘huelen’ las camelias.

En la soledad de la tarde, luce una estrella. Alguien me ha llamado por mi nombre, me ha sonreído y me ha llenado el corazón y la cabeza de recuerdos. Ahora sé que todavía existo. Ahora sé que la vida es posible cuando alguien pronuncia tu nombre.

Isidro Lozano

